

Allá lejos y hace tiempo

Guillermo Enrique Hudson

**Edición Libre del
Parque Ecológico Cultural
Guillermo E. Hudson
Febrero 2001**

**Corregida por:
Prof. Pamela Salinas**

**Editada por:
Lic. Carlos Sawicki- Cap. (1- A -21**/22)**

**Autorizada por la Municipalidad
De la Ciudad de Quilmes.
Derechos de autor cedidos al Parque E.C.G.E. Hudson**

**Prof. R. A. Ravera
Director**

CAPITULO I

Preámbulo. - La casa en que nació. - El singular ombú.- Un árbol sin nombre. - La llanura. - El fantasma de un esclavo asesinado. El viejo perro ovejero, nuestro compañero de juegos. - La primera lección de equitación. - El ganado; escena vespertina. - Mi madre. El capitán Scott. - El Ermitaño y sus terribles penitencias

PRIMEROS RECUERDOS

No tuve nunca la intención de hacer una autobiografía. Desde que empecé a escribir, en mi madurez, he relatado de tiempo en tiempo algunos incidentes de la infancia, contenidos en varios capítulos de *El naturalista del Plata*, de *Pájaros y hombres*, de *Aventuras entre los pájaros* y de otras obras, así como también en artículos de revistas. Tal material lo habría conservado si me hubiese propuesto hacer un libro como éste.

Cuando, en los últimos años, mis amigos me preguntaban por qué no escribía la historia de mi niñez en las pampas, les respondía siempre que ya había relatado, en los libros antes mencionados, todo lo que valía la pena de contarse. Y realmente así lo creía, pues, cuando una persona trata de recordar enteramente su infancia, se encuentra con que no le es posible. Le pasa como a quien, colocado en una altura para observar el panorama que le rodea, en un día de espesas nubes y sombras, divisa a la distancia, aquí o allá, alguna figura que surge en el paisaje: colina, bosque, torre o cúspide acariciada y reconocible, merced a un transitorio rayo de sol, mientras lo demás queda en la obscuridad.

Las escenas, personas o sucesos que por un esfuerzo podemos evocar, no se presentan metódicamente. No hay orden ni relación o progresión regular; es decir, no son más que manchas o parches brillantemente iluminados, vívidamente vistos, en medio de un ancho y amortajado paisaje mental.

Es muy fácil entonces caer en el error de creer que las pocas cosas que se recuerdan con claridad y se representan en la mente, sean precisamente aquellas que han revestido más importancia en nuestra vida, y por este motivo se conservan en la memoria, mientras el resto se ha esfumado. Así, ciertamente, nuestra facultad retentiva nos sirve y nos engaña, porque en algún periodo de la

vida del hombre en todo caso de ciertas vidas y en un momento psicológico especial se le revela bruscamente, como un milagro, que nada ha sido borrado de ella.

De este modo, al caer en un estado semejante, tuve una clara, continua y maravillosa visión del pasado y me vi tentado —forzado, podría decir— a escribir esta narración de mi infancia. Referiré el caso, pues me figuro que el lector psicólogo encontrará tanto interés en el incidente de que se trata como en cualquier otro de los contenidos en el libro.

Sentíame débil y deprimido, cuando llegué de Londres, en una tarde de noviembre, a las costas del sur. El mar, el cielo claro, los brillantes colores del ocaso, me retuvieron demasiado tiempo frente a un viento del este, en aquel estado de inferioridad física, a consecuencia de lo cual caí en cama presa de una seria enfermedad, que duró seis semanas.

Y cuando todo pasó, me puse a considerar que esas seis semanas habían sido muy felices para mí. Nunca pensé durante el transcurso de ellas en el más pequeño dolor físico. Nunca me sentí menos prisionero, yo, que siento que no "vivo" verdaderamente, cuando estoy distante de todo lo que vive, lejos del pasto que crece, sin oír el canto de los pájaros y no gozando, en fin, de los múltiples y encantadores sonidos que vibran en la vastedad del campo.

Al segundo día de mi enfermedad, en un intervalo de relativa calma, empecé a recordar mi infancia, e inmediatamente comprendí que el remoto, el olvidado pasado, volvía a mí como nunca lo sintiera antes. No implicaba el estado mental, conocido por muchas personas, en que una escena o sonido, o más, frecuentemente, el perfume de una flor, asociados a nuestra edad temprana, restauran súbitamente épocas pretéritas de modo expresivo, pero que no pasa de una ilusión. Es un estado emocional intenso y desaparece tan rápidamente como viene. Este otro era diferente. Para volver a la similitud y metáfora usadas al principio, diré que fué como si las sombras, las nubes, la bruma, se hubieran desvanecido y el amplio paisaje se tornara nítidamente claro ante mi vista. Sobre todo, mis ojos podían recorrerlo a su antojo eligiendo este o aquel punto para tratar de examinarlo en todos sus detalles, o en el caso de alguna persona conocida por mí cuando niño, seguir su vida hasta el final o hasta su alejamiento de la escena, y luego volver al mismo punto para repetir el proceso con otras vidas y reasumir mis paseos en los viejos sitios familiares.

¡Qué felicidad —pensaba yo —a pesar de la incomodidad, el dolor y el peligro, si esta visión continuara! No era de esperarse. Sin embargo, no se desvaneció, y al segundo día me dispuse a intentar salvarla del olvido que, de pronto, podría cubrirla otra vez.

Sostenido por almohadas, empecé con lápiz y papel de block a ordenar mis impresiones. Continué a intervalos durante las seis semanas que duró mi reclusión, y en esta forma se hizo el primer borrador del libro.

En todo este tiempo, no cesé nunca de asombrarme de mi propio estado mental. Pensaba en ello cuando, rápidamente cansado, mis temblorosos dedos dejaban caer el lápiz o cuando, al despertar de un sueño inquieto, encontraba todavía la visión delante de mí, llamándome, invitándome insistentemente a volver a mis antiguas correrías infantiles y a mis aventuras de otrora en aquel extraño mundo donde vi por primera vez la luz.

Fué para mí una maravillosa sensación la experimentada al encontrarme apoyado en las almohadas, en un cuarto débilmente alumbrado; la enfermera de noche, dormitando perezosamente cerca del fuego; en mis oídos, el ruido eterno del viento bramando afuera; el golpear de la lluvia contra los cristales de la

ventana, como si fuera granizo. ¡ Estar despierto con todo esto, febril, enfermo y dolorido, consciente también de mi gravedad y, al mismo tiempo, encontrarme a miles de leguas de distancia, en plena y virgen naturaleza, al aire y al sol, regocijándome con las vistas y las vibraciones de antaño; feliz de nuevo con las antiguas y ha largo tiempo perdidas venturas!

En los tres años que transcurrieron desde que tuve esa extraña experiencia, he caído de tiempo en tiempo en semejante estado de ánimo. Luego, volviendo al libro, me hallé compelido a suprimir buena parte y a rehacerlo, pues el primer borrador habría constituido una historia demasiado larga y sin forma.

La casa en que yo nací en las pampas sudamericanas, era muy apropiadamente llamada "**Los veinticinco ombúes**"¹, porque había allí justamente veinticinco de estos árboles indígenas de gigantesco tamaño. Se encontraban ampliamente separados entre sí, formando una fila de más o menos cuatrocientos metros de largo.

El ombú es verdaderamente un árbol singular, ya que, siendo el único representante de la vegetación natural del suelo en aquellas niveladas planicies, y existiendo también muchas extrañas supersticiones relacionadas con él, equivale a un romance en sí mismo. Pertenece a la rara familia *phitolaca*² y tiene una inmensa circunferencia, la que alcanza a dieciocho o veinte metros en algunos casos. Su madera es tan blanda y esponjosa, que se puede cortar con un cuchillo, no sirviendo absolutamente para leña, puesto que no se seca después de cortada, sino que se pudre como una sandía madura. Crece lentamente y sus hojas grandes, lustrosas, de color verde oscuro, son venenosas como las del laurel rosa o adelfa y causa de su inutilidad, probablemente ha de extinguirse, como tantos graciosos pastos de las pampas de esa misma región. En la actualidad, el hombre, extremadamente práctico, deja caer rápidamente el hacha, sobre la raíz de las cosas, que, a su modo de ver, estorban en la tierra. Empero, antes que otros árboles hubieran sido plantados, el primitivo e inmenso ombú tenía sus usos. Servía al viajero como un gigantesco mojón en las grandes y monótonas llanuras. Proveía fresca sombra al hombre y a su cabalgadura en verano. A la par lo utilizaba el curandero, quien usaba las hojas para el paciente que necesitaba activo remedio para su mal.

Nuestros árboles, casi centenarios y muy grandes, como se encontraban sobre una elevación, divisábanse fácilmente a una distancia de tres leguas.

A mediodía, en el verano, el ganado vacuno y las ovejas, de las cuales teníamos gran número, acostumbraban descansar aprovechando su sombra. También a los niños, uno de aquellos corpulentos ombúes, nos procuraba la más espléndida casa de juegos. A él solíamos llevar cantidad de tablones para construir

¹ En la actualidad, **Parque Ecológico Cultural Hudson**

² es un [árbol](#) nativo de las [Pampas argentinas](#) y [uruguayas](#). Pese a su tronco grueso y su gran porte (alcanza una altura de 10 a 15 m, con una amplia copa y grandes raíces visibles) es una [hierba](#), de madera esponjosa y blanda; contiene grandes cantidades de agua, lo que le permite sobrevivir en el entorno de escasas lluvias de la [pampa seca](#). Crece rápidamente, y es inmune a buena parte de los [insectos](#) que predan las hojas de la flora [pampeana](#) gracias a su [savia](#) tóxica. Su nombre es una voz [guarani](#) que significa sombra o bulto oscuro.

Las [hojas](#) del ombú son de forma elíptica y buen tamaño, hasta 2 dm de largo, de color verde oscuro brillante, más claro en el revés. Aparecen alternas, al cabo de un [pecíolo](#) de escasa longitud. Las [flores](#) son [dioicas](#), y aparecen en racimos terminales de color blanquecino. Su [fruto](#) es una baya de color rojo intenso, que contiene semillas ovoides de unos 3 mm de largo y color negro brillante.

Generalmente se desarrollan como especímenes aislados, aunque algunas veces se han encontrado agrupaciones importantes de esta especie, como en la llamada "[Isla de los ombúes](#)" en el [Cerro Arequita](#), [Lavalleja](#) y el "[Bosque de ombúes](#)", situado en [Rocha](#), Uruguay, el cual es único en el mundo por su tamaño, extendiéndose por una franja de 20 km. Es fácil encontrar referencias al ombú dentro del folclore rioplatense y en la tradición [gauchesca](#); su amplia copa servía de sombra a los viajeros durante las horas de sol más intenso, ganándole el mote de *faro de las Pampas*. Hoy día es difícil encontrar ejemplares en forma silvestre.

seguros puentes de rama a rama, y a mediodía, cuando nuestros mayores dormían la siesta, realizábamos nuestros arbóreos juegos, sin ser molestados.

Además de los famosos veinticinco ombúes, crecía allí otro árbol de diferente especie, que se levantaba cerca de la casa, siendo conocido por el vecindario con la denominación de "*El Árbol*", habiéndosele dado tan pomposo título, porque resultaba ser el único de su clase en aquella parte del país. Afirmaban nuestros vecinos criollos su condición de solo en su especie en el mundo. Era un viejo árbol, grande y lindo, de corteza blanca, largas y suaves espinas del mismo color, y permanente follaje verde oscuro. Florecía en noviembre —que es allí, un mes tan caluroso como el de julio en Inglaterra— y se cubría entonces con borlas de diminutas flores como de cera color paja pálido y de maravillosa fragancia, que las suaves brisas del verano llevaban en sus alas a muchas leguas, enterando su aroma a los vecinos, de que la estación florida había llegado al "*árbol*" que tanto admiraban, haciéndolos venir a nuestra casa a pedir una rama para llevársela y con ella perfumar sus humildes viviendas³.

Las pampas son en su mayor parte niveladas como una mesa de billar. Donde nosotros vivíamos, la comarca presentábase sin embargo ondulada, y nuestra casa hallábase situada en el plan de una de las más altas elevaciones. Delante de ella se extendía la gran llanura verde, al nivel del horizonte, mientras que detrás del edificio, caía el terreno abruptamente sobre un ancho y profundo arroyo⁴ que se volcaba en el Río de la Plata a una distancia de cerca de dos leguas al este. Este arroyo, con sus tres viejos sauces colorados creciendo en los bordes, constituía fuente de inagotable placer para nosotros. En cualquier momento que bajáramos para jugar en sus orillas, el fresco y penetrante olor de la tierra húmeda nos producía un extraño y excitante efecto, llenándonos de salvaje alegría. Puedo, aun ahora, recordar estas sensaciones y creo que el sentido del olfato (que parece disminuir cuando envejecemos, hasta llegar a ser algo de tan escaso valor, que no merecería ser llamado un sentido) es casi tan agudo en los niños como en los animales inferiores, y cuando ellos viven en plena naturaleza, contribuye tanto a su placer como la vista o el oído. He observado a menudo que los niños pequeños que son traídos de un alto nivel a otro bajo de tierra húmeda dan rienda suelta a un brusco y espontáneo júbilo, corriendo, gritando y rodando sobre los pastos, exactamente como los cachorros, y no me cabe duda de que el fresco olor de la tierra produce su alegre excitación.

Nuestra casa, de construcción larga y baja, hecha de ladrillo y muy antigua, tenía la reputación de estar encantada. Uno de sus anteriores propietarios, cincuenta años antes de que yo naciera, contaba entre sus esclavos a un hermoso joven negro, que por su belleza y afabilidad convirtiéndose en el favorito de la señora. Tal preferencia llenó de sueños y de aspiraciones los pobres sesos del negro, e interpretando mal las graciosas maneras de su patrona, se aventuró, acercándose a ella, en ausencia del amo, a declararle sus sentimientos. No pudo la dama perdonar semejante ofensa, y cuando el esposo regresó, lo recibió pálida de indignación, refiriéndole cómo el miserable esclavo había abusado de su bondad. Poseedor de un corazón implacable, el esposo ordenó que el ofensor fuera

³ En las anteriores ediciones de esta traducción, se consideró que el "árbol sin nombre" podía ser la "Acacia farnesiana", de acuerdo con la opinión del profesor J. A. Domínguez. Posteriormente, el profesor Martín Doello-Jurado ha publicado en la revista *Physis* (t. XIX, Pp. 402407, 1943), un artículo (*Algo más sobre protección a la Naturaleza*) en el que da las razones para creer que se trata de un árbol muy diferente, *Citharexylum montevidense* (= *C. barbinerve*), vulgarmente conocido con los nombres "tarumá", "espino de bañado", "blanco grande", etc. De esta especie, que vive aún en las zonas vecinas de las riberas del Plata, la Asociación Amigos de Hudson plantó un ejemplar joven en el rancho de Hudson, en 1944— N. del T.

⁴ Arroyo de Conchitas. — N. del T.

suspendido por las muñecas de una de las ramas bajas y horizontales de "El Árbol", y allí, a la vista del amo y de la esposa, los demás esclavos, sus compañeros, le azotaron hasta causarle la muerte. Su cuerpo deshecho fué conducido y enterrado en un profundo foso, a pequeña distancia del último de los ombúes de la larga fila.

Y era el espíritu del pobre negro (cuyo castigo fué más duro que lo que su proceder reclamara) el que se suponía encantaba el lugar. No se aparecía, según las versiones circulantes, a la manera del duende común, que camina envuelto en una sábana blanca. Los que sostenían haberlo visto, aseguraban que invariablemente, se levantaba del sitio donde el cuerpo había sido enterrado como una leve y luminosa exhalación de la tierra y tomando forma humana flotaba lentamente hacia la casa, paseándose entre los grandes árboles y sentándose a veces sobre una vieja y saliente raíz. Allí permanecía inmóvil durante horas, en una actitud meditativa y triste, al decir de mucha gente. Yo no lo vi nunca.

Nuestro constante compañero de juegos, en aquellos tiempos, era un perro. Jamás se ha borrado de mi memoria el recuerdo del noble animal, cuyos rasgos e individualidad se grabaron profundamente en mi cerebro. Llegó a casa de un modo misterioso. Una tarde de verano, el puestero galopaba alrededor de la majada, tratando por medio de gritos de inducir a las ovejas perezosas a que fueran hacia las casas. Un rarísimo perro rengo apareció de pronto en la escena, como si hubiera caído de las nubes y, con su pata en el aire, corrió rápidamente detrás de los asustados animales, arreándolos hasta el interior del corral. Demostrando, así, que era capaz de ganarse el sustento, se estableció en la casa, donde fué bien recibido. Era un perro de buen tamaño, con el cuerpo largo, de piel negra y suave; patas, hocico y "*anteojos*" amarillentos. La cabeza, de volumen extraordinario, le daba profunda expresión de mono sabio. Una de sus patas traseras había sido rota o herida. Cojeaba de manera particular. No tenía cola y sus orejas estaban cortadas al ras de la cabeza, pareciendo en conjunto un viejo soldado de vuelta de la guerra, donde recibiera muchos golpes y en la cual dejara porciones de su anatomía.

No pudimos encontrar ningún nombre que viniera bien al singular visitante canino, y como respondió bastante rápidamente a la palabra "*pichicho*", usada para llamar a cualquier perro sin nombre —como se emplea la de "*miz*" para llamar al gato— fué Pichicho su único nombre, hasta que desapareció misteriosamente como había venido, después de haber pasado algunos años con nosotros.

Demostró, muy pronto, que entendía a los chicos tan bien como a las ovejas. En cualquier momento nos permitía embromarlo y tironearlo despiadadamente, pareciendo que nuestras travesuras le divertían. Las primeras lecciones de equitación las tomamos sobre su lomo; pero el viejo pichicho cometió casualmente una falta, después de la cual fué relevado de la tarea de llevarnos. Cuando yo tenía cuatro años, mis dos hermanos mayores, en su carácter de maestros de equitación, me sentaron sobre él. Para probar mi capacidad de sostenerme encima y salvar las dificultades, corrieron llamándolo. El viejo perro, excitado por los gritos, salió detrás de ellos y yo caí rompiéndome una pierna, porque como dijo el poeta: Los niños son muy chicos Y sus huesos muy quebradizos.

Felizmente, esos huesos quebradizos y pequeños rápidamente se sueldan, no tardando mucho en quedarme curado de los efectos de este accidente. Sin ninguna duda, mi corcel canino quedó tan disgustado como cualquiera de nosotros con lo sucedido, y aun me parece ver al inteligente compañero, sentado en la curiosa

posición que había adquirido para hacer descansar su pata enferma, con la boca abierta en una especie de inmensa sonrisa y mirándonos con sus ojos castaños y benevolentes, reflejando la misma expresión que pone una de esas negras fieles y ancianas, encargadas de un montón de revoltosos chicos blancos, ¡tan orgullosa y contenta de cuidar a los hijos de una raza superior!

Todos estos recuerdos de mi niñez, encuéntranse comprendidos entre los tres, cuatro y cinco años de edad, período que, para los ojos de la memoria, aparece como ancho plano borrado por una baja niebla: Cuanto más, surge mentalmente, aquí o allí, un grupo de árboles, una casa, una loma o algún otro objeto grande, resaltando con maravillosa claridad. A menudo se me presenta el cuadro del ganado viniendo a la casa por la tarde; la verde y tranquila llanura extendiéndose desde la tranquera hasta el horizonte; el cielo de occidente sonrosado con los colores del crepúsculo y el conjunto de cuatrocientos o quinientos animales trotando hacia la casa, mugiendo y bramando y levantando con sus pezuñas gran nube de polvo, mientras, detrás, galopan los peones arreándolos con salvajes alaridos.

También se me presenta el cuadro de mi madre, al caer la tarde, cuando los chicos, después de nuestra merienda de pan y leche, nos juntábamos en nuestra última y alegre jugarreta sobre el pasto, delante de la casa. La veo sentada afuera, observando nuestras diversiones, con la sonrisa en los labios, el libro descansando sobre la falda y los últimos rayos del sol poniente iluminándole el rostro.

Cuando pienso en ella, acuérdome con gratitud de que nuestros padres rara vez, o nunca, nos castigaban y jamás nos retaban, a menos que nos excediéramos demasiado en nuestras rencillas domésticas o travesuras.

Estoy convencido de que ésta es la verdadera actitud que deben observar los padres, admitiendo modestamente que la naturaleza es más sabia que ellos, dejando a sus hijos seguir, tan lejos como sea posible, la curva de su propia inclinación; vale decir, respetando su substantividad.

Es la actitud de la gallina hacia sus pichones de pato, cuando ha tenido la frecuente experiencia de sus mal adaptados medios y hállase persuadida de que ellos saben mejor lo que les conviene, aunque en realidad sus modos le parezcan extraños y no pueda nunca simpatizar con el hábito de meterse en el agua y de zambullirse. No necesito que me digan que la gallina es, después de todo, sólo madrastra de sus patitos, desde que estoy sosteniendo que la mujer civilizada (producto artificial de nuestras propias imposiciones) no puede tener la misma relación para con su prole que la mujer incivilizada tiene con la propia. La comparación, por tanto, es acertada, ya que nuestras madres resultan prácticamente madrastras de los niños de otra raza y ellas, sensibles y dóciles a las enseñanzas de la naturaleza, atribuirán los aparentemente inadaptables medios y apetitos de sus entenados, a la verdadera causa y no a una hipotética depravación o perversidad inherente al corazón, asunto sobre el cual muchos autores hablan en sus libros:

Pero aunque lo escribieron de memoria
Ellos no lo expresaron bien.

De toda la gente ajena al círculo doméstico que yo conocía entonces, sólo dos individuos recuerdo claramente. Ellos permanecen grabados en mi memoria con tintes indelebles, de tal manera que ahora me parecen seres vivientes en compañía de pálidos fantasmas.

Esto es debido, probablemente, a la circunstancia de que fueron en apariencia considerablemente más grotescos que los otros; como el viejo Pichicho entre nuestros perros; los demás yacen olvidadas ahora, menos él.

Uno de estos individuos era inglés, y se llamaba el capitán Scott. Acostumbraba visitarnos durante una semana para cazar o pescar, porque era gran **sportman**. A nosotros nos gustaba enormemente. Se trataba de uno de esos hombres simples, que aman a los niños y simpatizan con ellos. Además, solía venir de un lugar lejano y maravilloso, donde se hacían las ciruelas azucaradas; y para nuestro sano apetito, no acostumbrado a dulces de ninguna clase, tales golosinas nos sabían a manjares angelicales. Era un hombre inmenso, con su cara redonda de color rojo purpúreo, como un glorioso sol poniente. Lo nimbaba una aureola de pelo canoso y de patillas blancas plateadas, que se mantenían erizadas como los pétalos alrededor del disco de un mirasol. Gran día para nosotros era el de la llegada del capitán Scott. Mientras desmontaba de su caballo, lo rodeábamos con grandes demostraciones de bienvenida, aguzados por los tesoros que hacían combarse sus bolsillos por todos lados. Cuando salía a cazar, siempre se acordaba de traer para nosotros algún halcón u otro extraño pájaro de colores. Nos resultaba todavía mejor cuando salía a pescar. Entonces nos llevaba consigo, y en tanto él se quedaba inmóvil sobre la orilla, caña en mano, semejando, con el traje azul que siempre usaba, una enorme columna coronada por aquella cara ancha y roja, nosotros retozábamos sobre el pasto, embriagados por la húmeda fragancia de la tierra y de las espadañas⁵.

Yo no tengo la más débil noción de quién era el capitán Scott. Ignoro si había sido siempre capitán y si su residencia en clima tórrido o el exceso de bebida, habían teñido su ancho rostro con ese profundo colorado magenta. No supe cómo ni cuándo terminó su terrenal existencia, porque al mudarnos de casa, el extraño personaje desapareció para siempre de nuestras vidas. ¡Cuán bella surge todavía en mi imaginación su gigantesca figura! Y aun ahora bendigo su memoria por todos los dulces que me dió, en un país donde escaseaban las golosinas, así como por la amistad que me demostraba cuando era yo un pequeñuelo.

El segundo individuo bien recordado también sólo visitante ocasional de nuestra casa era conocido en todos los alrededores por el Ermitaño. Nunca pudimos descubrir su verdadero nombre. Se mantenía perpetuamente en movimiento, yendo de casa en casa dentro de un radio de quince a veinte leguas; una vez cada siete u ocho semanas llamaba a nuestra puerta, recibiendo algunos artículos alimenticios, suficientes para el consumo del día. Siempre rehusaba el dinero con gesto de intenso disgusto. También declinaba la carne cocinada y pedazos de pan. Cuando se le daba galleta dura la examinaba cuidadosamente y si encontraba alguna roída la devolvía señalando el defecto y pidiendo otra sana. Tenía la cara pequeña y pecosa y el pelo largo y plateado. Sus rasgos eran finos, los dientes blancos y sus ojos de color gris claro, penetrantes como los del halcón.

⁵ Las totoras o espadañas (*Typha* spp.) son un [género](#) de unas pocas especies de plantas herbáceas acuáticas oriundas del [hemisferio norte](#), y hoy distribuidas en buena parte del mundo. Son frecuentes en [pantanos](#) y [humedales](#), formando densas colonias a veces impenetrables. Las colonias de totoras son muchas veces un paso importante en la desecación de lagunas y pantanos, formando una capa de denso tejido orgánico sobre la cual se deposita la tierra.

Se las considera en general el único género de la familia de las tifáceas, aunque algunas clasificaciones incluyen también en ella a [Sparganium](#).

Características

Las especies de *Typha* son hierbas anuales o perennes, de 1 a 3 m de altura, salvo en *T. minima*, que no supera el metro. Muestran [hojas](#) lineares o subuladas, alternas, en la base de un único [tallo](#) floral desnudo; presentan [rizomas](#) superficiales que echan zarcillos, constituyendo éste su principal forma de propagación.

Las plantas son monoicas, anemófilas, con floras aclamídeos que forman densos racimos en forma de espiga al cabo del tallo floral. La flor masculina aparece exactamente en la punta, y se reduce a 2 a 5 estámenes desnudos; por debajo de ésta se forma la densa inflorescencia femenina, de entre 10 y 40 cm de longitud y 1 a 4 de diámetro. Las flores femeninas tienen el ovario unilocular. El fruto es [aqueniforme](#); las [semillas](#) tienen alrededor de 0,2 mm de largo, y se dispersan por [anemocoria](#) gracias a un vilano flexible y piloso.

Había siempre en su cara una expresión de profunda angustia mental, intensificada tal vez por un dejo de insania, lo que hacía desagradable mirarlo. Como nunca aceptaba dinero ni nada que no fuera alimento, él hacía sus propios vestidos y ¡qué vestidos!

Durante muchos años solía verse paseando por el parque St. James, de Londres, un inmenso sujeto peludo, con un garrote en la mano y vestido con una piel de oso, que conservaba la cabeza y las patas. Puede ser que a tan excéntrico tipo lo recuerden algunos de mis lectores. Les aseguro, sin embargo, que se elevaba a la categoría de *dandy* el personaje de St. James' Park comparado con mi ermitaño.

Usaba un par de gigantescos zapatos, de casi treinta centímetros de ancho en la punta, hechos de grueso cuero de vaca con el pelo para adentro⁶, y sobre la cabeza ostentaba un bonete alto, por supuesto sin alas, también de cuero de vaca y con la forma de un florero dado vuelta. Su indumento ofrecía aspecto extraordinario; a parte exterior del vestido, si así puede llamársele, parecía un gran colchón por su tamaño y forma, con el forro hecho de innumerables pedazos de cuero crudo, cosidos entre sí. Era como de una cuarta larga de espesor y henchido o relleno con palos, piedras, cascotes, cuernos de carnero, huesos blanquea, dos y otros objetos duros y pesados. Estaba atado, en derredor, con lonjas de cuero y llegaba casi al suelo. Ofrecía, con semejante vestidura, una apariencia grotesca, inculpa y horrible. Sus periódicas visitas nos producían gran excitación.

Y como si esta espantosa carga con la cual se había ensillado (suficiente para reventar a dos hombres de tipo medio) no fuera bastante, había recargado el pesado bastón que usaba para sostener sus pasos, con una enorme bola en la punta y con un gran objeto circular en forma de campana que lo rodeaba en su parte media. Cuando llegaba a la casa, donde los perros al verle se enloquecían de rabia y de miedo, permanecía inmóvil durante ocho o diez minutos, y luego, en un extraño lenguaje que podía ser hebreo o sánscrito, ya que allí no había ninguna persona bastante instruida que pudiera entenderlo, pronunciaba un gran discurso u oración, con sonora y clara voz, imprimiendo a sus palabras un tono de monótona cantinela. Terminado su discurso pedía en mal español la consabida caridad y, después de haberla recibido, disertaba nuevamente, quizás invocando bendiciones de todas clases para el donante, invirtiendo en su oración un tiempo inconmensurable.

Luego, despidiéndose con un ceremonioso adiós, continuaba su camino.

Por el sonido de ciertas expresiones que a menudo usaba en sus recitados, nosotros lo llamábamos "*Con-stair-Lo-vair*". Tal vez algún sabio brahmán fuera capaz de decirme lo que las mencionadas palabras significan, siendo el único fragmento vado del misterioso lenguaje del Ermitaño. Se decía comúnmente que en cierta época de su vida, cometió terrible crimen y que, perseguido por el remordimiento, habíase fugado a esas lejanas regiones, donde nunca podría ser reconocido o denunciado por ninguno de los antiguos compinches, adoptando como penitencia aquel singular modo de vivir. Las sospechas y deducciones no pasaban de meras conjeturas, pues nunca se le pudo sonsacar nada. Cuando acosado a preguntas se le interpelaba en alguna forma sobre el asunto, el viejo "*Con-stair-Lo-vair*" demostraba que su larga y cruel penitencia, aun no lograba expulsar al diablo de su corazón. Una cólera terrible desfiguraba su rostro encendiendo sus ojos con demoníaco fuego, y en agudos tonos, retumbantes, que

⁶ Como se ve, el autor describe aquí los "tamangos": envoltura de cuero crudo para los pies, muy usada por los negros y la pobreza de la época. — N. del T

herían como golpes, derramaba colosal torrente de palabras en su desconocido lenguaje, sin duda invocando alguna imaginaria maldición sobre su atormentador.

Más de veinte años después de haberle conocido siendo yo niño, continuaba fielmente sus sombrías rondas, expuesto a los fríos y a las lluvias del invierno y a los más penosos calores en verano, hasta que un día lo encontraron muerto sobre la planicie, convertido por la vejez y el hambre en un esqueleto, oprimido todavía, después de muerto, por aquella espantosa carga que había llevado durante tantos años. Así, constante hasta el fin, sin revelar sus secretos a ninguna criatura humana, dejó de existir el pobre viejo "*Con-stair-Lo-vair*", el más extraño de todos los extraños seres que he encontrado en mi viaje a través de la vida.

CAPITULO

II

Dejamos la vieja casa. - Viaje en día invernal. - Aspecto del campo. Nuestra nueva vivienda. - Un prisionero en el galpón. - El monte. El paraíso de las ratas.- Escena nocturna. - La gente que nos precedió. Un mendigo a caballo. - Mr. Trigg, nuestro preceptor. - Su doble personalidad. - Representa e imita a una vieja. - Leyendo a Dickens. Mr. Trigg degenera. -Otra vez vagabundo, sin hogar, en la gran llanura.

MI NUEVO HOGAR

Los incidentes e impresiones recordados en el capítulo anterior, se refieren —como ya he dicho— a los últimos dos años, de mis cinco de vida, en el lugar de mi nacimiento. Mi memoria se resiste a llevarme más atrás. Algunas personas de maravillosas facultades, pueden retroceder mentalmente a los dos años de edad y aun a su primer año. Yo no. Podría únicamente contar los rumores de lo que fui, o hice, después de los tres. De acuerdo con todas las narraciones, las nubes de gloria que yo traje al mundo el hábito de sonreír a todas las cosas que veía y a todas las personas que se me acercaban— dejaron de ser rastros visibles alrededor de esa época. Sólo me recuerdo a mí mismo como un niño cualquiera, como un animalito salvaje corriendo sobre sus patas traseras, enormemente interesado en el mundo en que se encontraba.

Empiezo, pues, a los cinco años de edad, temprano, en una fría y brillante mañana de junio — mitad del invierno en aquel país del sur, de grandes llanuras o pampas⁷— esperando impacientemente que engancharan y cargaran la volanta, sintiéndome luego colocado en la parte de arriba con los otros pequeños, que en aquel tiempo sumábamos cinco, llegando finalmente el gran instante de la partida, entre gritos y mucho ruido de patadas, resoplidos de caballos y rechinar de cadenas. Recuerdo muchas cosas de este viaje que empezó al salir el sol y terminó entre dos luces, poco después de ponerse aquél. Realizaba mí primer viaje e iba

⁷El invierno empieza el 21 de junio. — N. del T.

hacia lo desconocido. No olvido cómo al pie del declive, en la cima del cual estaba el viejo hogar, nos sumergimos en el arroyo, y allí hubo más ruidos, mayores gritos y agitación, hasta que los animales, con grandes esfuerzos, nos pusieron a salvo en la otra orilla. Al mirar hacia atrás, al poco tiempo habíamos perdido de vista el bajo techo de la casa, pero los árboles, la fila de los veinticinco gigantescos ombúes que daban el nombre al lugar, fueron visibles, azules a la distancia, durante muchas leguas de nuestro camino.

Después de cruzar el campo ondulado —al frente y por ambos lados— la tierra, tan lejos como alcanzaba la vista, mostrábase absolutamente plana, en todas partes verde por los pastos invernales, pero sin flores en esa época del año y con resplandores de agua en toda su extensión. Había sido una estación muy lluviosa y los campos bajos se habían convertido en superficiales lagunas. No se veía otra cosa, exceptuando los rodeos de ganado, las caballadas y algún jinete ocasional galopando a través de la planicie. Divisábamos a lo lejos, varios pequeños montes marcando la ubicación de alguna estancia o puesto. Aquellas arboledas parecían islas sobre el campo, chato como el mar. Al fin, el monótono paisaje fué palideciendo y se desvaneció. El mugido del ganado vacuno y el trémulo balar de las ovejas, fué también extinguiéndose en mis oídos, de modo que las últimas leguas dejaron un blanco en mí memoria. Sólo volví a recobrar mis sentidos cuando ya obscurecía y me bajaron del coche tan duro de frío y amodorrado que apenas podía estar en pie.

A la mañana siguiente me encontré en un nuevo y extraño mundo. La casa aparecía a mis ojos infantiles, de gran tamaño y consistía en una larga fila de cuartos a flor de tierra, contruidos de ladrillo, con pisos de lo mismo y techo de paja. Las habitaciones, de un lado daban a un camino y formaban un almacén en el cual la gente de los alrededores venía a comprar y a vender. Las ventas se concretaban a "frutos del país": cueros y lana, sebo en vejigas, cerda en bolsas y quesos. En cambio podían comprar lo que quisieran: cuchillos, espuelas, argollas para arreos de montar, vestidos, yerba y azúcar; tabaco, aceite castor, sal y pimienta, aceite y vinagre y ciertos muebles y utensilios que pudieran necesitar, como ser: cacerolas, asadores, sillas de mimbre y ataúdes. A poca distancia de la casa, hallábase la cocina, el horno, el tambo, los inmensos galpones para almacenar los productos y las pilas de "*leña*", grandes como casas. Esta "*leña*" se limitaba a tallos de cardo o alcaucil⁸ silvestre, que arde como papel. De ahí que fuera indispensable recolectaría en inmensa cantidad a fin de tener el combustible necesario para un gran establecimiento.

Dos de los más chicos quedamos al cuidado de un inteligente criollito, de nueve o diez años de edad, encargado de conducirnos por las inmediaciones y de entretenernos. El primer sitio adonde nos llevó, fué al extenso y amplio galpón, cuya puerta encontrábase abierta. Se hallaba en ese momento casi vacío y jamás me pareció tan grande. No puedo fijar sus dimensiones, pero a mí me parecía tan enorme, como el "*Olimpia*", el "*Agricultural Hall*" o el "*Crystal Palace*" podrían parecer a cualquier chico londinense. Tan pronto como estuvimos dentro, nos sorprendió un espectáculo extraño y asombroso: un hombre sentado o acurrucado en el suelo, con las manos adelante, las muñecas atadas juntas y el cuerpo sujeto con guascas a un grueso poste que había en el centro del galpón y que soportaba el peso de las vigas del techo. Era joven, tal vez de veinte años. Brillaba su pelo negro. Su cara suave, exhibíase pálida y temerosa. Sus ojos miraban el suelo. No prestó atención alguna cuando llegamos y nos detuvimos a

⁸ Alcachofa

contemplantarlo. A los pocos momentos, huí aterrorizado hacía la puerta preguntándole a nuestro conductor por qué aquel hombre había sido sometido a tan singular y duro procedimiento.

El muchacho pareció quedar muy complacido del efecto que el cuadro nos había causado, contestándonos alegremente que se trataba de un asesino, que cometiera un crimen en alguna parte. Tomado preso la noche anterior y como resultara tarde para llevarlo a la cárcel del pueblo, que quedaba a gran distancia, lo habían dejado allí por considerar el galpón el lugar más conveniente, amarrándolo para mayor seguridad. Luego irían a buscarlo y se lo llevarían.

El vocablo "**asesino**" empleábase comúnmente en aquellos tiempos pero yo no me había dado cuenta todavía de su significado o alcance. No había visto ningún asesinato, ni persona alguna muerta en pelea. Sólo sabía que debía ser algo malo y horrible. Con todo, la emoción recibida desapareció en el curso de aquella primera mañana, en aquel mundo nuevo. Empero, lo que atemorizado contemplara en el galpón no lo he olvidado nunca. La imagen de aquel mozo atado al poste, con la cabeza inclinada, la mirada baja y su cara lívida y sombreada por corta barba negra, hállase tan claramente grabada en mi retina como si la hubiera visto ayer.

En terreno situado a corta distancia de la casa, destacábanse jardines y varias hectáreas de monte, plenas de árboles frutales y de sombra. Contemplados del lado de afuera semejaban interminable y compacto bosque de álamos, originando tal sensación la doble fila de altos álamos de Lombardía, que relucía como borde. Circundaba todo el campo, incluyendo los edificios, una inmensa zanja o foso.

Hasta aquel instante, había vivido yo en ambiente sin árboles, con excepción de aquellos veinticinco ombúes, de los cuales ya hablé y que constituían un punto de referencia para toda la zona. Por eso, la enorme cantidad (cientos y miles) que entonces se elevaban ante mí, se me antojaban una maravilla y un deleite. Pero ese monte y lo que significaba para mí merecen capítulo aparte. Era un paraíso de ratas, como lo descubrimos muy pronto, y nuestro pequeño guía e instructor, compenetrado al respecto, nos prometió hacernos ver los roedores con nuestros propios ojos, tan pronto como cayera el sol. Así terminaría un día de tan extraños espectáculos con el más extraño de todos.

De acuerdo con el programa formulado, cuando llegó la hora, nos dejó en un sitio lejos del galpón y de las pilas de "**leña**", donde cotidianamente el personal de servicio arrojaba todos los restos de los animales carneados, los huesos y las carnes no consumidas en la cocina, así como las basuras de ese establecimiento desordenado y ruinoso. Allí nos sentamos en fila sobre un tronco, cerca de ese lugar maloliente.

Nuestro cicerone nos dijo que nos quedáramos muy quietos y que no habláramos una palabra, porque, decía, no haciendo ruido, o algún movimiento, las ratas prescindirían de nuestra presencia y nos mirarían como a otras tantas figuras de madera. Y así sucedió, pues tan pronto como el sol se puso, empezaron a aparecer ratas de debajo de los montones de combustible y de todos lados. Convergían unánimemente al mismo sitio. Una mesa generosa estaba tendida para ellas y para los cuervos y chimangos que iban durante el día. Reuníanse allí ratas grandes, viejas, grises, de largas y escamosas colas, otras más chicas y, entre las más pequeñas, existían algunas poco mayores que las lauchas. El lugar hervía de ratas, atareadas en la caza de alimento: chillando, peleando y mordiendo.

Nunca hubiera pensado que el mundo contuviese tantos roedores como a la sazón veía congregados delante de mí.

De pronto, nuestro guía saltó y golpeó las manos fuertemente. lo cual produjo un curioso efecto. Coreado y corto grito de terror salió de la atareada multitud, seguido de calma absoluta. Quedó cada rata como petrificada durante uno o dos segundos. Rompieron luego todas en una rápida fuga en distintas direcciones, desapareciendo con un crujido al deslizarse entre las leñas y el pasto seco.

Había sido un bello espectáculo y nos divertimos enormemente. El *mus decumanus* se elevaba a un animal de inmensa importancia en mi imaginación. Bien pronto, no obstante, se trocó tal importancia en el mayor desagrado al enterarme de que los roedores abundaban tanto dentro como fuera de la casa. Los múltiples ruidos que hacían por la noche nos aterrorizaban. Corrían sobre nuestras camas y algunas veces nos hacían despertar. Nos encontrábamos con que alguno se había metido entre las sábanas y, asustado, procuraba salir fuera del lecho. Entonces gritábamos, la gente de la casa se levantaba pensando que ocurría algo terrible y, cuando descubrían la causa, se reían y nos reprochaban que fuéramos tan cobardes.

¡Qué sitio más sorprendente aquel adonde habíamos ido a vivir! Nuestra curiosidad se despertaba constantemente; mirábamos con avidez la gran casa, sus muchas dependencias y los moradores, el foso, los árboles que nos encantaban, la suciedad y el desorden; despreciables ratas, pulgas y bichos de todas clases; El mencionado sitio había estado durante varios años en poder de una familia española o criolla, gente indolente y descuidada, confiada en la buena suerte. El marido y la mujer, no estaban nunca en armonía, ni concordaban cinco minutos. A menudo, él marchaba a la capital por negocios", que lo mantenían alejado de su casa semanas enteras, las que se alargaban, convirtiéndose en meses. Y ella, con tres hijas crecidas, casquivanas, permanecía al cuidado del establecimiento, ayudada por media docena de hombres y mujeres a sueldo. La recuerdo muy bien, pues se quedó varios días para entregarnos la finca. Mujer excesivamente gorda e inactiva, permanecía sentada la mayor parte del tiempo en una silla de hamaca, rodeada de sus preferidos; perros falderos, "*loros del Amazonas*" y varias cotorras chillonas.

Poco tiempo después, se fué con todo su barullero montón de perros, pájaros e hijas. De lo que aconteció en los subsiguientes días y semanas, nada quedó en mi memoria, excepto una impresión sumamente honda: la de la primera visión de un mendigo a caballo. No era, sin embargo, suceso extraordinario en aquellos tiempos. Los gauchos decían que un hombre sin caballo era persona sin piernas; pero para mí constituyó novedad ver cierta mañana un hombre corpulento, montado en un caballo de gran alzada, que se acercaba a nuestra tranquera, acompañado de un chiquilín de nueve a diez años. Este a su vez montaba un petiso. Quedé asombrado de la singular apariencia del hombre: tieso y derecho sobre el recado y con la mirada fija delante de él.

Tenía el pelo y la barba largos y grises. Su sombrero de paja y de alta copa afectaba la forma de un florero invertido, con alas muy angostas; sombrero que hacía tiempo encontrábase fuera de moda entre la gente del país, pero que aun lo usaban algunos. Sobre sus vestidos llevaba un poncho rojo. Completaban su indumento, las pesadas espuelas de hierro, encajadas en los talones de las "botas de potro", especie de largas medias hechas con cuero de potrillo, sin curtir.

Ya ante la casa, gritó en alta voz: "*¡Ave María Purísima!*" Luego hizo un relato autobiográfico, diciéndonos que era ciego y estaba obligado a vivir de la caridad de los vecinos, quienes, según las propias expresiones del postulante, proveyéndonlo de cuanto necesitaba, se hacían bien a sí mismos, pues los que

demuestran mayor compasión hacia sus afligidos semejantes, son mirados con especial favor, desde arriba, por el Todopoderoso.

Después del precedente recitado y de muchas otras frases, pronunciadas como si tuviera a su cargo un sermón, le ayudó su acompañante a bajar del caballo y le condujo de la mano hasta la puerta; tras de lo cual el chico retrocedió y, cruzando los brazos sobre el pecho, clavó la vista, arrogantemente, sobre nosotros los niños y sobre los demás que se habían congregado en ese lugar. Evidentemente, sentíase orgulloso de ser el paje, escudero o palafrenero del importante personaje que, con su alto sombrero de paja, poncho colorado y espuelas de hierro, galopaba alrededor de la comarca, recolectando tributos de la gente y hablando pomposamente de los poderes celestiales.

Al requerirle qué deseaba de nosotros, el limosnero dijo que solicitaba yerba azúcar, pan y algunas galletas duras; también tabaco de picadura, papel para cigarrillos y un poco de tabaco en hoja para hacer cigarros. Cuando se le dieron los referidos artículos, se le preguntó (sin ironía) si había allí alguna otra cosa con que se le pudiera ayudar. El replicó: "**Sí, también necesito arroz, harina, fariña, una cebolla o dos, una o dos cabezas de ajo, sal, pimienta, pimentón y pimienta colorada**". Cuando hubo recibido todos estos comestibles y los colocó bien en las alforjas, dió las gracias y se despidió de la manera más digna, siendo nuevamente conducido por el arrogante muchachito, que lo acompañó hasta el caballo.

Habíamos permanecido algunos meses en nuestro nuevo hogar y recorría yo la mitad del camino de mis seis años, cuando una mañana, a la hora del desayuno, se nos informó, con nuestra mayor consternación, que no se nos permitiría continuar más siendo tan salvajes y que habían contratado un preceptor, quien viviría en la casa y nos dictaría clase durante la mañana y parte de la tarde.

Durante todo ese día sentimos oprimido el corazón, mientras esperábamos con cierta desconfianza la llegada del hombre que había de ejercer tan tremendo poder y que estaría colocado entre nosotros y nuestros padres, especialmente nuestra madre, que había sido siempre el escudo y el refugio cuando teníamos penas y aflicciones. Hasta entonces, ellos habían actuado bajo el principio de que convenía más dejar a los niños librados a sí mismos y que cuanto mayor libertad tuvieran sería en su beneficio, y ahora casi nos parecía que se habían vuelto en contra nuestra, pero apenas reflexionamos nos dimos cuenta de que esto no podía ser. Sabíamos que el más pequeño dolor o pena que nos afectara, era sentido más agudamente por nuestra madre que por nosotros mismos. Y nos vimos obligados a creerle, cuando nos dijo que ella también lamentaba la restricción que se nos hacía, pero que, le constaba, era para nuestro bien.

Esa misma tarde llegó el hombre temido. Se llamaba Mr: Trigg; era inglés, bajo, robusto, casi gordo, con el pelo gris, cara afeitada, nariz curva que había sufrido una fractura o que era así de nacimiento, boca movediza y ojos azul-grisáceos, con graciosos centelleos y patas de gallo en los ángulos. Sólo para nuestra infantilidad, como pronto lo descubrimos, esta cara cómica y los ojos chispeantes, resultaban capaces de terribles severidades.

Le querían las personas grandes generalmente y le miraban los niños con sentimientos de opuesta naturaleza; porque era un maestro que aborrecía y despreciaba la enseñanza, tanto como a los niños incultos disgustábales ser enseñados. Seguía haciéndolo, porque consideraba todo trabajo como excesivamente fastidioso, y debiendo, hacer algo para vivir, había elegido esto como lo más cómodo. De qué manera semejante hombre vino a dar tan lejos de su patria, a un país entonces aun semicivilizado, implicaba un misterio. Solterón, sin hogar, después de veinte o treinta años de vagar por las pampas, vivía con poco o

ningún dinero en el bolsillo y exento de bienes, salvo su caballo (nunca tuvo más de uno a la vez), el engorroso recado y sus maletas, las cuales contenían su guardarropa y todo lo que poseía. Carecía de baúl. A caballo, con sus alforjas detrás, viajaba a través del país, visitando a todos los pobladores ingleses, escoceses e irlandeses, ovejeros en su mayoría, y evitando cuidadosamente las casas de criollos. Con éstos no podía establecer afinidad; no comprendiendo su idiosincrasia y siendo verdaderamente incapaz de entenderlos, los miraba con secreto disgusto y desconfianza.

Cuando Mr. Trigg encontraba una casa donde existían niños suficientemente grandes, para enseñarles las letras, allí se conchababa por mes como un puestero o un peón, para instruirlos, viviendo con la familia. Andaba muy bien por un tiempo, siéndole sus faltas perdonadas, por consideración a los chicos, pero pronto ocurría una querrela y era Mr. Trigg compelido a ensillar su caballo, acomodar sus alforjas y largarse sobre la ancha planicie, en busca de nuevo hogar. Entre nosotros, disfrutó de una larga y en él no común estada.

Gustábale, generalmente, la buena vida y el confort, interesándose, al mismo tiempo, por las cosas del espíritu, que no ocupaban sitio en la vida de los estancieros británicos de aquella época.

Se encontraba con nosotros en una casa cómoda, en la que había a su disposición libros y gente con quien conversar, distinta de los rudos ganaderos con los cuales había estado acostumbrado a vivir. Observaba la mejor conducta, aunque sin duda con gran esfuerzo, pero no sin éxito, para conseguir vencer sus debilidades. Considerábasele como una gran adquisición y se le oía con gusto e interés. En la clase se erigía en tirano y como se le prohibiera castigarnos corporalmente, se contenía. Apalearnos habría sido para él un inmenso alivio. Pero pellizcarnos no era pegarnos y él nos pellizcaba las orejas, hasta casi hacerlas sangrar. El mezquino castigo aplicado, le proporcionaba pequeña satisfacción, pero le bastaba. Fuera de clase, su genio cambiaba como por encanto. Se tornaba durante la vida de hogar, en delicioso conversador. Poseía inextinguible caudal de buenos cuentos y agradaba como lector, mimo y actor excelente.

Una tarde recibimos la extraña visita de cierta vieja dama escocesa, ridículamente ataviada, ostentando gorra de sol y anteojos, la que se presentó a sí misma como la esposa de Sandy Mac Lachlan, un ovejero que vivía a siete leguas de casa. **"No estaba bien —manifestó— que vecinos tan próximos no se conocieran"**.

Ella había cabalgado, pues, unas pocas leguas, para ver cómo éramos. Colocada cerca de la mesa del té, derramó un torrente de conversación en el más puro escocés y en el diapasón elevado de voz cascada de vieja. Nos contó la íntima historia doméstica de todos los residentes británicos del distrito. Afirmaba que era una gente deliciosa, aun a pesar de sus pequeñas debilidades y de su amor a la botella, de su bajeza y voracidad y de la ruin astucia, que sólo servía para hacerlos más encantadores. ¡Nunca hubo allí una vieja de mayor gracia y tan dada a chismes y comadreos! Luego, cuando se despidió, nosotros, todavía bajo su hechizo, nos escabullimos para ver su partida desde la tranquera. Pero no estaba allí, había desaparecido inexplicablemente y ¡cuál no sería nuestro asombro y disgusto al saber que la vieja escocesa no era otra persona que el propio Mr. Trigg! Parecía milagroso que nuestros agudos ojos, concentrados durante una hora en su cara, hubieran fallado al no descubrir al maestro que nos era tan dolorosamente familiar

Mr. Trigg confesó que había actuado en el teatro, entre las tantas cosas que él hiciera, antes de dejar su país. Constituía la escena una de las doce o veinte

vocaciones que había tenido en diferentes épocas y que abandonara tan pronto como descubría que cada una de ellas representaba meses y aun años de rudo trabajo, si debía llenar sus ambiciosos deseos de hacer y ser algo grande en el mundo. Como lector, ciertamente, resultaba grandioso y cada noche — sobre todo en las invernales — brindaba dos horas de lectura a la familia. Primaba entonces Dickens como el escritor más popular del mundo, y Mr. Trigg acostumbraba a leer a Dickens para deleitar a sus oyentes. Allí él podía desplegar sus cualidades histriónicas hasta el summum⁹, caracterizando cada personaje del libro, adoptando su voz, gestos, maneras y expresiones, que ajustaba perfectamente. Las veladas asumían carácter de representación teatral, más que de lecturas.

"*¿Qué haríamos sin Mr. Trigg?*", solían preguntarse nuestros progenitores. Nosotros, los pequeños, recordando que no sería el benéfico porte de Mr. Pickwick, quien al día siguiente miraría por nosotros en la clase, sólo deseábamos que Mr. Trigg estuviera lejos, muy lejos.

Quizá para que le dieran mayor importancia, incurrió en la costumbre de irse todos los sábados por la mañana, no regresando hasta el lunes siguiente. Sus "fin de semana" los pasaba de visita en la casa de algún vecino inglés o escocés, domiciliado a cinco o seis leguas, y donde la botella, o damajuana de caña brasileña, encontrábase siempre sobre la mesa, como único reemplazante, en el destierro, de su querido whisky, perdido para él en aquel lejano país. En nuestro hogar sólo se bebía té y café. De sus excursiones volvía Mr. Trigg cada lunes por la mañana, enteramente sereno, casi demasiado digno de maneras, pero con los ojos inflamados y, en la clase, con el genio de un demonio. En una de esas ocasiones, tal vez nuestras travesuras, o algún tremendo dolor de cabeza, le sacó de quicio, y descolgando de la pared un rebenque, hecho de cuero crudo, empezó a castigarnos con él furiosamente, armándose en la clase un formidable escándalo. En ese mismo instante, mi madre apareció en escena, calmándose la tempestad, aunque el maestro, con el látigo en la mano levantada, de pie y quieto, nos miraba con mal contenida rabia. Nuestra madre permaneció un momento en silencio, con la cara muy pálida y luego nos dijo:

"*Chicos, pueden irse afuera, a jugar. La clase ha terminado*". Más aún, temiendo que el sentido de sus palabras no fuera entendido, agregó: "Vuestro maestro nos va a dejar".

Fué un indecible alivio, un alegre momento. Sin embargo, ese mismo día y el siguiente —antes de que se fuera el preceptor—, yo que fui injusta y cruelmente castigado con el látigo, sentí mi corazoncito oprimido cuando vi el cambio de su cara, la expresión triste, suave e implorante de su mirada, y me di cuenta que el pensamiento de su caída y la pérdida de aquel hogar eran excesivamente amargas para él.

Sin duda mi madre se percató también y derramó algunas lágrimas compasivas por el pobre hombre que volvería a vagar por la inmensa llanura. Pero no tenía más cabida entre nosotros, después de su insano estallido. Castigar a sus hijos representaba para mis padres la perpetración de un crimen. Entendían que los castigos corporales cambian los temperamentos y los degradan. Por tal motivo, no podía ser perdonado Mr. Trigg.

Este, como ya lo he dicho antes, convivió largo tiempo con nosotros. Mi feliz liberación de él ocurrió cuando yo me hallaba en vísperas de cumplir ocho años. Me faltaban sólo dos meses para completar los seis, cuando se desarrollaron los episodios que relato en el siguiente capítulo. Entonces se encontraba entre

⁹ lo mejor, lo sumo, el colmo, punto máximo, cima, cúspide

nosotros Mr. Trigg, pues la acción de dicho capítulo se desarrolló dos años antes de la incidencia que acabo de narrar y que tuvo por epílogo la cesantía de nuestro profesor.

CAPITULO

III

El veterano César. - Su poderosa personalidad. - Sus últimos días y final. - El entierro del perro. - Cómo sentí claramente la realidad de la muerte. La agonía mental de un niño. - Mi madre me consuela. - Limitaciones del cerebro infantil - Temor a la muerte. - Presenciando la matanza del ganado. Un hombre en el fosa - Margarita, la niñera. Su belleza y su bondad. - Su muerte. - Me rehusé a verla muerta.

LA MUERTE DE UN PERRO VIEJO

Cuando evoco las impresiones y los incidentes de aquel tan memorable sexto año, el episodio que aparece más notable en el recuerdo de todos los acontecimientos del último semestre, es la muerte de César. No hay nada en lo pasado que pueda recordar tan bien, ya que ha sido, en verdad, el suceso de mayor importancia en mi niñez, la primera sensación en una vida tierna que aportó consigo una eterna nota de tristeza.

Fué antes de empezar la primavera, promediando agosto, y acuérdomme todavía de que, cuando el viejo perro se aproximaba a su fin, reinaba un tiempo ventoso, crudamente frío para esa época del año.

César era un perro de mérito, aunque no de raza superior; un perro ordinario del país, de pelo corto, con largas patas y el hocico achatado. El perro común o criollo, tenía casi el tamaño del *collie* escocés, pero César era una tercera parte más grande, diciéndose de él que era superior a todos los demás perros de casa (doce o catorce), tanto en inteligencia y en coraje como en tamaño. Naturalmente, se le reconocía su condición de jefe y maestro de toda la jauría, y cuando él estallaba en un ladrido rechinando sus dientes y se arrojaba sobre los otros, para castigarlos por pelear, o por alguna otra infracción a la ley canina, todos acataban su intervención agachándose. Negro, con el cuerpo salpicado de pelos blancos, en su vejez habíasele puesto el hocico y las patas completamente grises. César enojado, en su guardia nocturna, o cuando conducía el ganado, era un animal terrible. Con nosotros los niños, mostrábase de dulce temperamento y de paciencia infinita, permitiéndonos andar sobre él a caballo, al igual que el viejo Pichicho, el perro ovejero descrito en el primer capítulo.

En su decadencia, se puso irritable y gruñón. Dejó de ser nuestro compañero de juegos. Los últimos dos o tres meses de su vida, resultaron muy tristes. Nos conmovía verlo tan flaco, con sus grandes costillas sobresaliendo a los costados y nos daba pena observar las contracciones de sus músculos cuando dormitaba, gruñendo y jadeando, o cuando esforzándose anhelosamente, para levantarse sobre sus patas. Naturalmente, nosotros queríamos saber porqué le ocurría eso y por qué no podíamos darle algo para mejorarlo. Por toda contestación, él abría su boca mostrando sus dientes, los grandes y agudos caninos y los viejos molares, gastados hasta los raigones.

La vejez era lo que le molestaba. Tenía ya trece años y me parecía verdaderamente una edad avanzada, pues yo —que no contaba ni la mitad— creía que hacía mucho tiempo ya que andaba por el mundo.

A nadie se le ocurrió nunca que podía dársele fin a su vida; ni siquiera se hizo una insinuación al respecto. No se acostumbraba en el país matar a un perro porque llegase a viejo. Recuerdo su último día y cuán a menudo fuimos a verlo, tratando de reconfortarlo con mantas abrigadas y ofreciéndole de comer y de beber. El estaba en un rincón, al resguardo, y no podía ya sostenerse de pie. Esa misma noche murió. Nos enteramos a la mañana siguiente, al levantarnos.

Después del desayuno, durante el cual habíamos permanecido muy solemnes y quietos, nuestro maestro dijo: "Debemos sepultar a César hoy a las doce, cuando yo esté libre. Será la mejor hora. Los chicos pueden venir conmigo y el viejo Juan deberá traer la pala".

Este anuncio nos excitó grandemente. Nunca habíamos visto enterrar un perro, ni aun oído hablar de que semejante acto se hubiera llevado a cabo.

A mediodía, el viejo César, muerto y tieso, fué transportado por uno de los peones, a un claro del monte, entre los viejos durazneros donde ya había sido cavada la fosa. Seguimos al maestro y contemplamos cómo bajaron el cuerpo y arrojaron sobre él la tierra colorada. La fosa era profunda y Mr. Trigg ayudó a llenarla, resoplando por el esfuerzo y parando a intervalos su labor, para enjugarse la cara con un multicolor pañuelo de algodón. Luego, cuando todo hubo terminado, y mientras estábamos todavía parados silenciosamente en torno a la fosa, tuvo Mr. Trigg la idea de aprovechar la ocasión. Adoptando la expresión que usaba en la clase, lós miró a todos y exclamó solemnemente: "Este es el término. Cada perro tiene su día y así lo tiene cada hombre, y el epílogo resulta igual para ambos. Moriremos también, como el viejo César. Nos pondrán bajo la tierra y caerá ella a paladas sobre nosotros".

Las precedentes, simples y vulgares palabras, afectáronme más que ninguna otra de las que oyera en mi vida. Me taladraron el corazón. Había oído algo terrible, demasiado terrible e increíble para pensarlo, pero si no fuera así ¿por qué nos lo había dicho? ¿Acaso, porque éramos niños y tenía que enseñarnos las lecciones, nos odiaba y quería torturarnos? ¡Oh, no! No podía creerlo. Luego, ¿la muerte constituía el horrible destino que nos esperaba? Yo había oído hablar de la muerte. Sabía que existía tal cosa. Sabía que todos los animales debían morir y también que algunos hombres morían. Porque ¿cómo podía nadie, aun un niño de seis años, pasar por alto semejante hecho, especialmente en el país de mi nacimiento, tierra de batallas, asesinatos y muertes imprevistas? No había olvidado al joven atado al poste, en el galpón, joven que había asesinado y que sería tal vez —según se me había dicho—muerto él también, como castigo. Yo sabía, es claro, que en el mundo luchaban el bien y el mal; había hombres buenos y malos, y que los malos, asesinos, ladrones y mentirosos tenían todos que morir como los animales, pero que hubiera otra vida después de la muerte, no lo sabía.

Todos los demás, yo y los míos éramos buenos y no habríamos de morir. Cómo fué que sobre ese punto no llegué más lejos en mi sistema o filosofía de la vida, no lo puedo decir. Sólo cabe suponer que mi madre no había empezado aún a darme instrucción respecto a tales materias, en vista de mis pocos años, o que ella lo verificó y yo lo interpreté a mi modo. Sin embargo, como lo descubrí más tarde, mi madre era muy religiosa; desde la infancia enseñóme a ponerme de rodillas y a recitar una pequeña oración todas las noches: "Ahora me acuesto a dormir y ruego al Señor guarde mi alma", pero acerca de Dios y de mi alma, no poseía idea. Era para mí sólo una forma de expresar poéticamente que me iba a acostar. Mi mundo era puramente material y era el mundo más maravilloso. Cómo había yo venido a él, no lo sabía; únicamente sabía o imaginaba, que yo estaría siempre en él, viendo cada día cosas nuevas y extrañas, sin cansarme nunca. En literatura, es sólo en Vaughan, Traherne y otros místicos, que encuentro alguna expresión adecuada a ese arrobamiento de perpetuo deleite por la naturaleza y por mi propia existencia, que yo experimentaba durante aquel período.

¡Y las nunca olvidadas palabras, dichas sobre la tumba de nuestro viejo perro, habían ido a despertarme del hermoso sueño de continua alegría!

Cuando recuerdo este suceso, me asombro menos de mi ignorancia que de la intensidad de los sentimientos que me sacudieron y de la densa obscuridad que ellos produjeron en mi tan tierno entendimiento. Creemos y lo sabemos, que el cerebro del niño es como el de los animales inferiores, o que si es superior al de ellos no es tan elevado como el de los más sencillos salvajes.

El niño no puede concentrar sus pensamientos. No puede en absoluto pensar. La conciencia está en su aurora. Goza con los colores, con los olores; se estremece por el tacto, el gusto y el sonido, y semeja un cachorro, o un gatito bien alimentado, que juega sobre un césped verde, al resplandor del sol. Siendo esto así, no faltará quien imagine que el dolor de la revelación que yo había recibido, se desvanecería pronto, que las vividas impresiones de las cosas externas lo hubieran borrado y restaurado la armonía. Pero no. El dolor continuaba y aumentaba hasta lo insoportable. Entonces busqué a mi madre, aguardando el momento en que se encontrase sola en su cuarto. Ya frente a ella, me faltó ánimo para hablarla, temeroso de que con una palabra me confirmara las alarmantes novedades. Mirándome, al instante se sorprendió al examinar mi rostro y comenzó a interrogarme. Entonces, luchando con mis lágrimas, le conté las palabras que había oído en el entierro del perro y le pregunté si reflejaban la verdad; si yo, si ella, si todos nosotros debíamos de morir y ser sepultados bajo tierra. Me respondió que todo no resultaba enteramente cierto. Exteriorizaban las mencionadas palabras la verdad en un sentido, desde que nuestros cuerpos tenían que morir y ser enterrados, pero que teníamos una parte inmortal, que no moría. Había sido el viejo César un perro bueno y fiel y sentía y entendía las cosas, casi como un ser humano. La mayor parte de las personas creía que cuando un perro moría terminaba enteramente y no tenía otra vida. Nosotros no lo podíamos saber. Muchos grandes hombres pensaban y piensan de diferente modo. Creían y creen que los animales, como nosotros, vivirán de nuevo. Esto era también su creencia, la creencia de mi santa madre su viva esperanza; pero no se podía aseverar con firmeza, porque se trataba de algo oculto para nuestra mente.

Respecto a nosotros, sabíamos —según ella— que no podíamos morir realmente, porque Dios mismo, que nos había hecho, así como a todas las cosas, nos lo revelara, y su promesa de vida eterna había llegado a nuestras manos en su libro, la Biblia. Todo esto y mucho más, yo lo escuchaba temblando con temeroso interés, y recobré mi ánimo cuando me apoderé de la idea de que al llegarme la

muerte, como debía ocurrir, subsistiría la parte de mí ser que realmente importaba, mi yo, el yo soy. El yo que sabía y consideraba las cosas, nunca perecería. Experimenté un súbito e inmenso alivio y cuando me fui de su lado, volví a correr y a saltar de alegría y a hender el aire como un pájaro. Porque había estado prisionero y había sufrido torturas. Ahora era libre de nuevo. La muerte no me destruiría.

Tuvo otra consecuencia el haber desahogado mi corazón con mi madre. Ella se había sorprendido de la severidad del sentimiento desplegado por mí y, culpándose a sí misma de haberme dejado tanto tiempo en estado de ignorancia, empezó a suministrarme instrucción religiosa, demasiado pronto, quizá, ya que dada mi edad no era posible, para mí, elevarme a la concepción de un mundo inmaterial. Aquel poder, me imagino, que llega más tarde al niño normal; más o menos a la edad de diez o doce años. Enseñarle, cuando no tiene más que seis o siete, que Dios está en todas partes al mismo tiempo y ve todas las cosas, sólo produce en el niño la idea de una persona maravillosamente activa y de vista rápida, con ojos como de pájaro, capaz de ver todo lo que pasa a su alrededor. Hace poco tiempo, leí una curiosa e intencionada anécdota. Una madre después de acostar a su hijita, díjole que no tuviera miedo de la obscuridad, ya que Dios estaría allí para mirar por ella y cuidarla mientras dormía. Luego, tomando la vela, la madre bajó las escaleras. En seguida la niña descendió también en camisón, y cuando le preguntaron el motivo de su actitud, contestó: "Yo he bajado para estar aquí, disfrutando de luz, mamá. Tú puedes subir a mi cuarto y quedarte con Dios".

Mi única idea de Dios, en aquel tiempo, no era más elevada. Yo me quedaba despierto pensando en El, allí en el cuarto, tratando de acertar la cuestión, de cómo le sería -factible atender todos sus numerosos asuntos y perder tanto tiempo cuidándome a mí. Acostado, con los ojos abiertos, no podía ver nada en la obscuridad. Sin embargo, yo sabía que El estaba allí, porque así me lo enseñaron, y esto me inquietaba. Pero, no bien cerraba los ojos, su imagen se me aparecía, erguida, a una distancia de un metro o metro y medio de la cabecera de mi cama, en forma de columna de dos metros de altura aproximadamente, y de cerca de uno de circunferencia. Su color era azul, y variaba en profundidad e intensidad. Algunas noches parecía azul cielo. Comúnmente era de un tono más profundo; un puro, suave y bello azul, como el de una gloriosa mañana o el del geranio silvestre.

No me sorprendería saber que muchas personas tienen semejante imagen o presentimiento material de las entidades espirituales, en las que se les enseñó a creer a una edad demasiado temprana. Recientemente, comparando con un amigo los recuerdos infantiles, me manifestó que también él siempre vió a Dios como un objeto azul, pero no de forma definida.

Esta columna me frecuentó por la noche durante muchos meses y no creo que desapareciera completamente, dejando de ser algo como un recuerdo, hasta que tuve siete años, fecha bien lejana de la actual.

Y vuelvo a esta segunda y dichosa revelación que me hizo mi madre. Con saber que la muerte no pondría fin a la existencia, mi estado, después de este primer alivio, no fué de perfecta felicidad. Todo lo que ella me refirió para conformarme y darme valor, había producido sus efectos. Yo sabía, a partir de aquel instante, que la muerte no implicaba más que un cambio para una felicidad aun mayor que la que se podía tener en esta vida. ¿Cómo podía yo, que todavía no tenía seis años, pensar de modo distinto al que ella me había enseñado, o tener una duda? Una madre representa para el niño, más que lo que cualquier otro ser humano o divino podría significarle en el curso de su vida futura. El hállese tan

subordinado a ella, como cualquier pichón en el nido de sus padres y más aún, ya que la madre anima su inexperto cerebro o su alma tanto como imprime calor a su cuerpo.

No obstante, el temor a la muerte asaltóme de nuevo y por largo tiempo me inquietó, especialmente cuando el acto de morir se me presentaba bruscamente. Tales recuerdos e impresiones se sucedían con demasiada frecuencia. A menudo yo veía alguna cosa muerta. Cuando la muerte se producía instantáneamente —verbigracia, cuando un pájaro era baleado y caía como una piedra— no me perturbaba. Desenvolvíase un extraño y excitante espectáculo, pero carecía del poder de suscitar en mi mente el hecho real de la muerte.

Especialmente cuando se hacía la matanza del ganado, el terror se apoderaba de mí con todas sus fuerzas. ¡Y no me asombra! La manera nativa de matar una vaca, o un novillo, en aquel tiempo, revestía penosas modalidades. Generalmente se debía carnear lejos de la vista, en el campo, y los peones transportar el cuero y la carne, pero comúnmente, la bestia era conducida cerca de la casa para ahorrarse molestias. Uno de los dos jinetes ocupados en la operación, la enlazaba de las aspas y, galopando, se alejaba, manteniendo el lazo tirante. El segundo hombre, descolgábase entonces del caballo y corriendo hacia el animal, por detrás, sacaba su enorme cuchillo y con dos golpes, rápidos como relámpagos, separaba los tendones de ambas patas traseras¹⁰.

Instantáneamente la bestia caía sobre sus ancas y el mismo hombre, cuchillo en mano, la rodeaba por el frente o por el flanco y, espiando la oportunidad, hundía rápidamente la larga hoja en la garganta, justamente arriba del pecho, metiéndole el arma hasta el mango y haciéndola girar adentro. Cuando la retiraba, un torrente de sangre vaciaba al atormentado animal, todavía enhiesto sobre sus patas delanteras, mugiendo mientras duraba su agonía. En aquel momento, el verdugo le saltaba ligeramente sobre el lomo, pinchándole con sus espuelas los costados, y usando el plano del cuchillo como un látigo, simulaba estar corriendo una carrera, gritando con infernal alegría. Los mugidos se sucedían, declinando, con sonidos de sollozo y ahogo. Luego el jinete, viendo el animal próximo al colapso, se tiraba ágilmente. Una vez caído, todos corrían hacia la víctima, echándose sobre su tembloroso cuerpo como sobre un lecho, y empezaban a armar y a encender sus cigarrillos.

Carnear una vaca constituía un gran deporte para ellos, y cuanto más activo y peligroso se presentaba el animal y más se prolongaba la lucha, más les gustaba, poniéndose tan alegres como en una pelea a cuchillo o una boleada de avestruces. Para mí, el espectáculo traducía una terrible lección práctica, que me fascinaba de terror. ¡Porque eso era la muerte! Los torrentes de sangre carmesí, los profundos mugidos, como de voz humana, me hacían aparecer al animal como un hombre enorme y poderoso, cogido en una trampa por pequeños pero astutos adversarios, quienes lo torturaban para su deleite y se burlaban de él en su agonía.

Otros episodios mantuvieron vivos en mí los pensamientos y el temor a la muerte. Un día se detuvo ante nuestra tranquera un viajero, y después de desensillar su caballo, llegóse a un sitio sombreado, que quedaba a unos cincuenta metros de la casa, sentándose en el verde talud del foso para descansar. Había cabalgado durante horas bajo un sol ardiente y deseaba refrescarse un poco. Llamó la atención de todos, a la llegada, por su aspecto. De mediana edad, correctas facciones, el cabello castaño y barba de igual color, me resultaba uno de los hombres más grandes que había visto en mi vida. Su peso no podía haber sido

¹⁰ Llámase a esto "desjarretar". — N. del T.

menor de ciento quince kilos. Sentado o recostado sobre el pasto, se quedó dormido, y rodando por el declive cayó, con tremenda zambullidura, dentro del agua que tenía unos dos metros de profundidad. Tan fuerte fué el golpe, que lo oyeron algunos de los peones que se encontraban trabajando en el galpón. Corrieron para cerciorarse de la causa del extraño ruido y se dieron cuenta de lo que había pasado. El sujeto había desaparecido de la superficie. Venciendo gran cantidad de inconvenientes, logróse extraerlo con sogas y colocarlo sobre la orilla.

Yacía inmóvil, como si fuera una piedra, el hombre aquél que parecía un buey y que yo había visto hacía menos de una hora, llamando nuestra atención por su gran fuerza y tamaño. Lo vi entonces tranquilo, muerto; muerto como el viejo César, bajo la tierra, con el pasto creciendo encima de la tumba. Mientras tanto, sus salvadores estaban muy atareados, dándole vuelta y frotándole el cuerpo, hasta que al cabo de doce o quince minutos, exhaló un suspiro y comenzó a dar señales de retorno a la vida. Poco a poco abrió los ojos. El muerto había resucitado. Aun así, el choque moral fué tan grande para mi y el efecto me quedó tan grabado, como si el forastero hubiera efectivamente dejado de vivir.

Relataré ahora, otro caso que me transportará al final de mi sexto año de vida y a la conclusión de este triste capítulo.

Por esa misma época, se hallaba en nuestra casa una niña, cuya carita linda pertenece al reducido grupo de seis, que recuerdo más vívidamente. Sobrina de la mujer de nuestro puestero —argentina, casada con un inglés—, vino a casa para cuidar a los niños más pequeños. Contaba diecinueve años. Era una chica pálida, delgada y bonita, con ojos grandes y oscuros y abundante cabello negro. Llamábase Margarita y tenía la más dulce sonrisa imaginable, la voz más suave y el más lindo modo. La queríamos tanto todos los de la familia, que parecía formar parte de ésta.

Desgraciadamente, se puso tuberculosa y tuvo que volver al hogar de su tía. Su pequeño rancho distaba sólo una cuadra de nuestra casa y, cotidianamente, mi madre la visitaba. Le prestaba amorosos cuidados y aplicábale remedios, procurando, en cuanto estuviera a su alcance y permitieran las circunstancias, que no le faltaran alivio, comodidad y afecto.

La niña no quiso que la visitara un sacerdote a fin de prepararse a bien morir. Adoraba Margarita a mi madre y deseaba ser de la misma fe que ella. Al final, murió, como renegada o convertida, según este o aquel ‘punto de vista personal.

Al día siguiente de su muerte, nos llevaron a los niños para ver por última vez a nuestra querida Margarita. Cuando llegamos a la puerta y los otros, que seguían a mi madre, entraron, sólo yo retrocedí. Ellos se volvieron y trataron de persuadirme de que fuera yo también. Intentaron inútilmente semejante propósito. Para excitar mi curiosidad, refiriéronme que Margarita, acostada, toda vestida de blanco, con el pelo negro peinado y suelto, nuestras flores sobre el pecho y a los lados, quedaba preciosa, tendida sobre el lecho igualmente blanco. Todo fué en vano. Ver a Margarita muerta era más de lo que yo podía soportar. Se me había dicho que sólo su cuerpo de barro estaba muerto, el bello cuerpo al cual nosotros habíamos venido a decir adiós, que su alma — esto es, ella misma, nuestra querida Margarita — estaba viva y era feliz, lejos, muy lejos, más feliz de lo que ninguna persona podía serlo en este mundo. Cuando su fin se acercaba, había sonreído dulcemente, asegurando que había perdido todo temor a la muerte. Que Dios la llevaba hacia El. Pero, ni noticias, ni comentarios, ni consejos, fueron suficientes para inspirarme el valor de hacer frente a la dolorosa vista de Margarita inerte. El solo pensamiento de la postrer visita adquiría los contornos de un peso

insoponable para mi corazón; pero la pena no me daba tal sensación — por muy grande que la pena fuese — sino el irresistible temor a la muerte.

CAPÍTULO IV

En compañía de los árboles. – Violetas invernales. – Se hace la casa más habitable. – Sauces colorados. – Tijeretas y chimangos. – Álamos de Lombardía. – Acacia negra.- Otros árboles.- El foso o zanja. – Las ratas. – Fuerza del armadillo. - La comadreja y la serpiente. – Alfalfar. – Mariposas. – Cañaveral, cizaña e hinojo. – Duraznos en flor. – Cotorras. – El canto del misto. – Concierto de pájaros. – Nuestro viejo Juan. – El canto del tordo. – Inmigrantes de verano.

EN COMPAÑÍA DE LOS ARBOLES

Conservo en la memoria el sombreado oasis de árboles inmediato a mi nuevo hogar en las ilimitadas y herbosas pampas, ante cuyo recuerdo palidece el de cualquier vergel, arboleda o bosque en que yo haya entrado o visto. Hasta entonces, no había vivido nunca entre árboles, exceptuando aquellos veinticinco a los que reiteradamente me referí y aquel otro de que hablé y al cual se llamaba “El Árbol”, por ser el único de su especie en toda la comarca. Existían cientos y miles en el lugar en que se desarrolló la segunda etapa de mi niñez.

Para mis ojos infantiles, no acostumbrados al extraordinario espectáculo, se presentaba como una grande e inexplorada selva. No había allí pinos, abetos, ni eucaliptos (desconocidos a la sazón en el país), ni siempre verdes de ninguna clase. Los árboles eran todos de follaje percedero y no poseían hojas cuando nos hallábamos a mitad del invierno. Aun así, me causaba una maravillosa sensación, pasear, correr y sentarme entre ellos, tocar y aspirar su húmeda corteza, manchada por el musgo, y contemplar el cielo azul a través del enrejado de entrelazadas ramas.

La primavera con su follaje y floración, había de llegar poco a poco, dentro de un mes o dos. A la mitad del invierno, notábase el sabor anticipado de ella. Llegaba como una deliciosa fragancia como si el aire la transportara, después de recogerla de una fila de viejos álamos de Lombardía. Aquel olor resultaba para los niños como el vino que alegra el corazón de los adultos. Había al pie de los álamos una alfombra de hojas redondas que conocíamos bien. Apartando las matas con nuestras manos, realizábamos el descubrimiento. ¡Oh! Allí estaban las plantas de violeta, luciendo el obscuro el azul purpúreo de sus escondidas flores,

las más tempranas, las más lindas de todas las flores, las más amadas de los niños en ese país y sin duda en muchos otros.

Los pequeños disponían de tiempo más que suficiente para deleitarnos con las violetas y correr libremente por nuestra selva. Se nos incitaba a vivir fuera de casa, tan lejos de ella como pudiéramos. Estábanse practicando grandes reparaciones para hacer más agregados nuevos cuartos al viejo edificio. Colocáronse pisos de madera sobre los viejos ladrillos y baldosas. El techo de paja medio podrida, guarida de ratas y hogar de ciempiés y de muchos otros insectos trepadores, fue sacado y reemplazado por limpios y saludables tejados de madera.

No constituía castigo para mí ser enviado a fuera para jugar en aquel arbolado país de encanto. Los árboles frutales y de sombra eran de muchas clases. Perteneían a dos grupos ampliamente separados. Unos, ya viejos fueron plantados por algún propietario amante de ellos quizá cien años o más antes de nuestro tiempo. Los otros habían sido puestos una generación, o dos, más tarde, con objeto de llenar algunos huecos, para defenderse contra los vientos y el sol estival y con el fin de aumentar las variedades.

El más grande de los viejos árboles, un sauce colorado, había crecido solitario a unos cuarenta metros de la casa. Árbol indígena, su nombre específico es el de *rubra*¹¹, derivado del color rojizo de su áspera corteza. Crece hasta adquirir gran tamaño como el álamo negro. Tiene hojas largas y angostas, como las del sauce llorón. En verano, no me cansaba nunca de contemplarlo. En lo alto de una de sus ramas que me parecía estar cerca del cielo, una tijereta instalaba siempre su nido, y éste, alto, abierto y expuesto, se convertía en una constante atracción para los chimangos, aves de hábitos parecidos a los del cuervo, siempre merodeando en busca de huevos y pichones.

La tijereta, uno de los pájaros más valientes entre los enemigos del chimango, pertenece a la agresiva familia de los tiránidos. Cada vez que un chimango aparecía, y el caso repetíase más de cuarenta veces al día, saliendo del nido, lo atacaba en medio del aire con tremenda furia. Espantando al merodeador, la tijereta retornaba a su árbol para articular triunfalmente las alegres notas de castañuelas de su canto y, sin duda, para recibir las felicitaciones de su compañero. Luego, acomodábase de nuevo para mirar el cielo, espionando la aparición del próximo enemigo.

Un segundo sauce colorado era otro de los más grandes árboles del monte. De éste tendré algo más que decir en un próximo capítulo.

Los alto álamos de Lombardía eran la especie predominante entre el antiguo plantel. Crecían en dobles filas, formando avenidas, en tres de los lados del terreno.

Otra fila transversal de álamos separaba los jardines y los edificios, del monte. Y los árboles los elegían, para anidar, dos de nuestros más queridos pájaros: el bello cabecita negra, o verderón argentino, y el llamado por leñatero por los nativos, a causa de la enorme cantidad de palitos con los cuales construye su nido.

Entre los bordes del paseo de los álamos y el foso, crecía una sola fila de árboles de clase muy diferente: la acacia negra, planta rara y singular. De todos los nuestros, eran estos los que suscitaban la más grande y penetrante impresión en mí, marcándome su imagen en la mente y en la carne, por así decirlo.

Habían sido plantado, seguramente, por algún primitivo colono, e imagino que fuera de experimento destinado a reemplazar el esparcido y desordenado álamo,

¹¹ En la provincia de Buenos Aires se le conoce más habitualmente como chinchiribí o titirití. – N. Del T.

planta preferida de los primeros pobladores, pero que, siendo sumamente salvaje e indisciplinada, rehusábase a formar un cerco conveniente. Alguna de las acacias se habían estacionado en su pequeñez y se asemejaban viejos arbustos contrahechos, mientras que otros se habían levantado como los tallos fabulosos de ciertas leguminosas y elevaban sé tanto como los álamos que crecían junto a ellas. Tales especies ostentaban troncos delgados y desparramaban sus finas ramas a todos lados, desde las raíces hasta la copa, estando aquellas y el mismo tronco, armadas de espinas de dos a cuatro pulgadas de largo, duras como el hierro, negras o de color chocolate, pulidas y agudas como agujas. Para que fueran más formidables, cada espina tenía otras dos menores, que crecían hacia fuera cerca de su base. Revestían en forma de una daga redonda y cónica, con una cruz en el mango. La ascensión ofrecía mil dificultades, que experimenté en carne propia, pues cuando fui más crecido, tuve que treparlos múltiples veces. Ciertos pájaros hacían sus nidos en ellos, a la mayor altura posible, sobresaliendo la urraca¹², que ponía hermosos huevos del tamaño de los de una gallina, del más puro azul turquesa y salpicados con manchas blancas cual la nieve. Entre los viejos árboles el duraznero figuraba como nuestro favorito, por la fruta que nos ofrecía en febrero y marzo y, más tarde aún, en abril y mayo, cuando maduraban los que llamábamos nuestros duraznos de invierno.

Membrillos, cerezas, duraznos eran las frutas preferidas en los tiempos coloniales y las tres se encontraban en alguna de las huertas o quintas de las antiguas estancias. Nosotros teníamos una veintena de membrillos, con gruesos troncos nudosos, y viejas ramas retorcidas como cuernos de ciervo. Los durazneros alcanzaban a cuatrocientos o quinientos y crecían bien apartados el uno del otro, siendo seguramente los más grandes que he visto en mi vida. Su tamaño equivalía a veteranos cerezos que se destacan en ciertos lugares favorecidos de Inglaterra, donde crecen no en forma cerrada, sino ampliamente apartados, con anchos espacios para que sus ramas se extiendan con amplitud.

Los árboles de sombra y frutales plantados por una generación posterior, aparecían poseyendo mayor variedad. Abundan las moreras de las cuales había muchos cientos en filas, formando calles y aunque daban fruto de la misma especie que nuestra mora inglesa, se diferenciaba del resto por el gran tamaño del árbol, en la aspereza de sus hojas y en el volumen menor de la fruta, cuyo gusto era menos meloso que el de la mora inglesa. Nuestros mayores los comían diariamente. Los niños nos banqueteábamos con ella en competencia con los pájaros.

Considerábase a las moreras, más que como frutales, como árboles de sombra. Los otros dos árboles importantes a este fin eran la acacia blanca y el paraíso u “Orgullo de China”. Además existía una fila de diez o más *ailanthus*, o “árbol del cielo”, como algunas veces se le denomina, con alto y blanco tronco que culminaba a un penacho frondoso como el de las palmeras. Un monte más reciente contenía perales manzanos, ciruelos y cerezos.

El casco de la estancia comprendía una extensión de ocho o nueve hectáreas y lo rodeaba una inmensa zanja o foso, de cerca de cuatro metros de profundidad y de ocho a diez de ancho, de existencia muy antigua había aumentado su anchura debido a los derrumbamientos de tierra. Hubo épocas en que se hubiera cegado, y casi desaparecido, si a intervalos de dos o tres años, cuando se experimentaba la sequía, no se hubiera extraído cantidades de tierra del fondo, que se tiraban en el

¹² Guira cuckoo es el pirincho llamado impropriamente urraca en Buenos Aires. – N. del T.

terraplén de afuera. En apariencia, formaba algo así como una barrera prehistórica. En invierno, por lo general se anegaba y se convertía en guardia favorita - especialmente por las noches – de bandadas de cercetas y otros patos de distintas especies, como el picazo, el barcino y el cuchara. En verano se secaba gradualmente, pero unos pocos charcos de agua barrosa quedaban durante toda la estación estival, sirviendo de refugio al solitario baritú, una de las muchas especies de gallinetas, y pájaros de esa familia que se crían en el hemisferio norte y que invernaban con nosotros en nuestro verano. Cuando el agua se secaba en el foso, el pasto alto y diversos yuyos brotaban y florecían en sus empinadas orillas, y las ratas y otros pequeños animaluchos retornaban y la cribaban con innumerables cuevas.

Se mataban las ratas, de tiempo en tiempo, con la “máquina”; con esta se bombeaba el humo del tabaco, el del sulfuro y el de varias sustancias más mortíferas, dentro de las cuevas para sofocarlas, ocurriendo curiosas incidentes durante estas cruzadas.

Un día, por ejemplo, hallábame en el terraplén al lado del foso a unos cuarenta metros del lugar en el cual trabajaban algunos peones, cuando un armadillo¹³ saltó de su cueva, y corriendo hacia donde yo estaba, empezó a cavar vigorosamente para escapar, enterrándose en el suelo. Ni los hombres ni los animales habían visto, y yo me resolví capturarlo sin ayuda de nadie, imaginando que resultaría tarea muy fácil. De acuerdo con dicho propósito lo agarré de la negra cola de hueso, con las dos manos, y empecé a tirar tratando de sacarlo. No lo pude mover. Siguió cavando con furia, más y más profundamente en la tierra. Pronto me di cuenta que, en lugar de sacarlo yo, él estaba arrastrándome detrás de sí. Mi orgullo de niño se sintió herido al ver que un animal no mayor que un gato, iba a vencerse en asunto de fuerza. Esto me movió a sujetarlo con más tenacidad que nunca y más violentamente, hasta que, para no soltarlo, quedé materialmente pegado contra el suelo. Vana tarea. Primero mis manos y después mis antebrazos, fueron arrastrados dentro de la cueva. Me vi forzado a largarlo y erguirme a fin de libramme la tierra que me arrojaba en la cara, a la cabeza, al cuello y a los hombros.

En otra ocasión uno de mis hermanos mayores, viendo a los perros olfatear y escarbar a la entrada de una gran cueva, tomó una pala y cavó un poco más de medio metro, dando con una comadreja overa, ocho o nueve pequeñuelos a medio crecer en un nido de pasto seco. Aunque asombre, es menester que lo diga: enroscada entre ellos hallábase una gran víbora venenosa, la terrible “**víbora de la cruz**”, según los gauchos la llamaban; una serpiente con ponzoña, de la misma familia de la *Fer-de-lance*, la *bushmaster* y la víbora de cascabel.

Medía casi un metro de largo. Muy gruesa en proporción, con la cabeza chata y la cola roma. Se vino hacia nosotros silbando y moviéndose ciegamente a derecha e izquierda, cuando los perros arrastraban a la comadreja. Sin lastimar a esta fue muerta de un azadazo.

Ha sido la primera víbora de la cruz que vi. Su grueso cuerpo - gris verdoso salpicado con manchas negras – y la ancha y chata cabeza con sus pétreos ojos blanquecinos, me produjo un estremecimiento de horror. Años después me familiaricé con sus congéneres, y llegué a aventurarme a levantarlas sin temor, como después lo hice en Inglaterra con otras, mucho menos peligrosas. Lo que más nos asombró fue que es tan irascible y venenos serpiente, hubiera podido

¹³ Dentro del género armadillo conócese en nuestro país la mulita, el peludo, el tatú, el mataco, el piche, el quirquincho. – N. del T.

convivir en el nido con aquella gran familia de comadrejas. Hay que saber que este es un animal salvaje y rapaz de índole carnicera, y que por lo general vive en los árboles.

En tal mundo se agitaba de mí ser: dentro de los límites del viejo foso, cubierto de cuevas de ratas y entre los encantadores árboles.

Pero no sólo los árboles la hacían tan fascinante, sino que había espacios abiertos y también otras formas de vegetación enormemente atractiva.

Existía un alfalar de media hectárea que florecía tres veces al año y, durante este tiempo, atraía a las mariposas de toda la planicie circundante con su melosa fragancia. El campo se llenaba de ellas – rojas, negras, amarillas, y blancas- revoloteando en miríadas alrededor de cada espiga azul.

Crecían las cañas en otro sitio, en un gran parche o matorral, como le llamábamos. Plantas graciosas de casi ocho metros de altura, presentaban el aspecto de bambú. Sus largas hojas puntiagudas eran de un glauco color azul verdoso. Las cañas poseían un gran valor para nosotros; nos sirvieron para pescar cuando fuimos lo suficientemente grandes para este deporte, y las usábamos desde un principio a manera de lanzas en cada oportunidad en que jugábamos a las batallas. Asimismo tenían también su valor económico; las utilizaban los nativos para hacer los techos de sus viviendas, en reemplazo de la caña de bambú que costaba mucho más, ya que debía ser importada del extranjero. Al fin del verano, cuando las cañas habían florecido, se las cortaba arrancándoseles sus hojas y siendo transportado en atados. Quedábamos entonces nosotros privados, hasta la próxima estación, el placer de elegir las más altas y derechas, para después cortarlas y pelarle las hojas y cortezas, fabricar las bellas, verdes y pulidas varas empleadas en nuestro deporte.

En los espacios libres, cubiertos de una vegetación casi tan interesante como las cañas y los árboles, se dejaba crecer la maleza.

Surgían las manzanillas venenosas, los *quenopodum*, los cardos ajonjeros, la mostaza silvestre, yuyo colorado, lengua de vaca, y otras plantas del país e importadas, formando densos matorrales de un metro o metro y medio de altura. Con dificultad abríase camino a través de ellos. Se corría siempre el riesgo de tropezarse con alguna víbora. No lejos, el hinojo crecía solo, como si tuviera algún misterioso poder – acaso su peculiar perfume- para mantener la distancia de las demás plantas. Formaba casi un bosquecillo y crecía hasta cuatro metros. Este sitio era mi refugio favorito, pues estaba un poco apartado y era un lugar solitario y salvaje, donde yo podía pasar largas horas espiando a los pájaros. A mí me gustaba el hinojo, su verde follaje y su perfume. Igualmente agradaba me su sabor; así es que, cada vez que llegaba allí, frotaba las trituradas hojas en mis palmas y poníame a masticar los pequeños y sabrosos brotes.

El invierno traía un gran cambio en el monte. No sólo deshojaba los árboles sino que también barría con todas las hierbas, incluso el hinojo, permitiendo al yuyo crecer de nuevo. Las grandes y abundantes plantas de la estación también desaparecían de los jardines y de todo el rededor de la casa, lo mismo que arbustos de las buenas noches, con sus tallos coloradoscuros y ricos en capullos carmesíes, y los de las campanillas con sus grandes trompetas azules, llenando y cubriendo cada sitio apropiado con su masa de hojas trepadoras y con abundantes flores. Mi vida, durante el invierno, implicaba un constante aguardar de la llegada de la primavera: mayo, junio y julio eran los meses sin hojas, pero no enteramente sin cantos. En algún día agradable, sin viento, de resplandeciente sol, unas pocas golondrinas reaparecían sin que nadie pudiera adivinar de dónde venían, para pasar las brillantes horas, revoloteando como el “avión casero” inglés, alrededor

de la casa, visitando los viejos agujeros de sus nidos bajo el tejado, y articulando sus pequeños sonidos vivos y rasgueantes, a modo de agua que corre por arroyo pedregoso. Cuando el sol declinaba, desaparecían para no volver, hasta que tuviéramos otro perfecto día primaveral.

En tales días de julio y en alguna suave y brumosa mañana, de pie en el terraplén del foso, escuchaba los ruidos que venían de la ancha y abierta llanura. Sonaban ya a primavera, con los constantes redobles y rítmicos gritos de los teros, empeñados en sus encuentros sociales y “bailes”, y con el canto de la cachirla que, remontándose en lo alto, derrama sus continuas y prolongadas notas, mientras flota despaciosamente, descendiendo hacia la tierra. En agosto florecían los durazneros. Separados entre sí los grandes y viejos árboles parados sobre su alfombra de pasto, apenas tocándose uno a otro con la punta de sus ramas, parecían una gran nube en forma de montañas de exquisitas flores rosadas. Nada en el mundo podría compararse en belleza a ese conjunto admirable. Entusiasta de los árboles en aquella estación, recuerdo los sentimientos que experimenté cuando una bandada de verdes cotorras llegó chillando y se posó sobre uno de los árboles inmediatos a donde yo estaba. Aquellas cotorras nunca se criaron en nuestra arboleda; venían de su residencia, viejo monte a casi tres leguas de distancia, proporcionándonos siempre su visita un gran placer. En aquella ocasión quedé particularmente contento, porque los pájaros habían elegido, para establecerse, un árbol cerca de mí. Tuve, sin embargo que sufrir una contrariedad.

Como las flores cubrían espesamente las ramas, disgustaronsé las visitas al no poder encontrar espacio suficiente para no prenderse, sin agarrar también las flores. Resolvieron, entonces, en su impaciencia, arrancar aquellas con sus agudos picos y las sacaron de las ramas a que se hallaban adheridas, procediendo con tanta rapidez, que los pétalos cayeron en rosado chaparrón. De este modo, en medio minuto, cada pájaro dejó libre una rama desnuda donde podía sujetarse a gusto.

Había millones de flores. Solamente una que otra cuajaría y llegaría a ser durazno. Con todo, me indignó ver que aquellas aves las cortaban de manera tan atrevida. Juzgué tal conducta como una profanación criminal, aún cuando fueran pájaros quienes la perpetraran.

Todavía, hoy al evocar el seductor cuadro que ofrecían los viejos durazneros florecidos, ostentando troncos tan gruesos como el cuerpo de un hombre y los inmensos montículos o nubes de millares de flores rosadas, haciendo contraste con el azul etéreo del cielo, no estoy seguro de haber contemplado nada tan bello. Y aún esta belleza no era más que la mitad del encanto que yo encontraba en los árboles.

La otra mitad radicaba en la música de los pájaros que fluía de ellos. Esa música era solamente de una especie de pájaros: el pinzoncito amarillo verdoso del campo o misto¹⁴, semejante en tamaño a un jilguero, aunque con un cuerpo más largo y delgado, y pareciéndose a él en sus costumbres generales.

Se reúnen en otoño formando grandes bandadas, continuando unidos durante los meses de invierno, cantando en concierto y no separándose hasta que llega la estación de la cría. En un país donde no había cazadores de pájaros, las bandadas de mistos, superaban en número y en volumen a cualquiera de los conjuntos de jilgueros que puedan ver en Inglaterra. La que acostumbraba

¹⁴ el misto mide unos 12 cms. Zona dorsal o espalda verdoso estriado de pardo oscuro. Rabadilla olivacea. Anillo ocular y zona ventral amarillento blanquecino. En ocasiones confundido con el Jilguero Dorado(*Sicalis flaveola*), aunque este último no cuenta con el anillo ocular y su color amarillo es mucho mas nítido y dorado. La hembra tiene la garganta, pecho y flancos pardo grisáceos. Vientre amarillo

frecuentar nuestros montes constaba de unos miles y solía semejarse a una nube cerniéndose en el espacio, para abatirse bruscamente y desvanecerse entre los pastos, donde los mistos se alimentan de pequeñas semillas, tiernas hojas y flores. Cuando uno se acercaba al sitio donde se estacionaban, remontábanse son gran zumbido de innumerables alas y, girando alrededor, se perseguían entre juegos y chirridos para caer nuevamente.

Cuando, por efecto de la aproximación de la primavera, empieza en agosto a bullirse en la sangre, se detienen a intervalos en los árboles, durante la jornada. Quedan allí quietecitos, inmóviles, una hora o más, cantando todos juntos. Coincide esa época, que podríamos denominar filarmónica, con la floración de los árboles, y eran invariablemente en los durazneros donde se reunían y podían verse millares de los minúsculos pájaros amarillos, entre los millones de botones rojos, desparramando pródigamente sus maravillosos arpegios.

Uno de los más deliciosos cantos de pájaros que se escuchan en Inglaterra es el concierto producido por la reunión de varios centenares de jilgueros, y a veces de mil o más que se reúnen en septiembre y octubre, y aún más tarde, después de que esas grandes bandadas se dispersen o emigren. El efecto producido por el pequeño misto de las pampas es diferente. El jilguero posee un cantito de píos y quebraduras, un pequeño gorjeo chirriante, cuando una gran cantidad de ellos cantan juntos, el sonido a la distancia de cincuenta o sesenta metros, es como el del viento entre los árboles; pero acercándose más, el conjunto de sus trinos, se convierte en embrollo de miles de notas individuales, pareciéndose a un gran concurso de estorninos a la hora del reposo, pero de carácter más musical. Se nos antoja que cientos de hadas estuvieran tocando en variados instrumentos de cuerda y viento, cada una preocupada en su propia ejecución si sin atender la de las demás.

El misto no hace píos ni tiene gorjeos o cambios bruscos en su canto, el cual hállase compuesto por series de largas notas descendentes; la primera algo ronca, pero creciendo más claro y brillante hacia el final. Así es que, cuando cantan miles de ellos simultáneamente, es como si cantaran con perfección y al unísono. EL efecto que esto produce al oído es el mismo que a la visión presenta un manantial o la lluvia con sus múltiples gotas, simulando una cantidad de líneas grisplateadas.

Es un efecto interesantemente bello y único entre los pájaros que tienen el hábito de cantar en gran número.

Recuerdo que en aquellos días trabajaba en nuestra casa un carpintero inglés llamado Juan, nacido en Cumberland. Los chicos nos reíamos de su lento y pesado modo de ser. Cuando le formulábamos cualquier simple pregunta, debíamos esperar a que pusiera sus herramientas en el suelo y nos mirara cerca de medio minuto, antes de contestarnos. Uno de mis hermanos mayores le había dado el apodo de **“El Rústico de Cumberland”**.

Un día, yendo a escuchar yo el coro de mistos en el florido monte, experimenté singular sorpresa. Encontré a Juan parado cerca de los árboles, sin hacer nada. Como me acercara a él, se dio vuelta y me dirigió una mirada que me sorprendió en su cara vieja y embotada, mirada que tal vez alguno de mis lectores habrá notado, por casualidad, en la fisonomía de un místico en el instante de su arrobamiento. Luego exclamó: “¡Qué pajaritos! ¡Yo no he oído nada parecido!” E inmediatamente se marchó a su trabajo. Como la mayoría de los ingleses, tenía, sin duda, un algo de sentimiento poético escondido en lo íntimo de su alma.

Oíamos otros buenos conciertos de canto, por distinta especie de pájaros. Se trataba de los comunes tordos renegridos, de la familia troupial¹⁵, exclusivamente americana, pero que se supone posee afinidades con los estorninos del viejo mundo. Los aludidos tordos son parásitos, como el cuco europeo, en sus hábitos de cría. Careciendo de asuntos domésticos propios que atender, viven en bandadas todo el año, llevando una vida ociosa y vagabunda.

El macho es de un profundo color negro tornasolado y la hembra de color pardo ratón. Los tordos eran muy numerosos. Se les veía entre los árboles, en el verano, en perpetua busca de nidos, en los cuales depositaban sus huevos. Encontraban su alimento sobre la tierra, en la planicie. A menudo eran tan grades las bandadas, que causaban el efecto óptico de una inmensa alfombra negra extendida sobre el verde pastizal.

En los días lluviosos no comían. Se congregaban entre la fronda y allí cantaban durante horas y horas. Su lugar favorito, en esos días, era detrás de la casa, donde los árboles crecían muy apretados y estaban protegidos por la doble fila de acacias negras y álamos de Lombardía, seguidos de otra doble fila de grandes moreras, que formaban calles, resguardadas a su vez por perales, manzanos y cerezos. De cualquier lado que soplara el viento, reinaba allí la calma y, en la época de las más fuertes lluvias, los pájaros congregaban sé a millares, desparramando el continuo torrente de sus armonías, recordado las voces estridentes de miles de estorninos cuando se esconden entre los árboles para descansar. Pero ellas resultaban más sonoras, y diferían algo debido al peculiar cantar del tordo, que comienza con un sonido hueco y gutural, seguido de un estallido de notas clara, fuertes y tintineantes.

Estos concertistas, el mismo amarillo verdoso y el tornasolado tordo, pasaban el año en nuestro monte, como muchos otros, y para hablar de ellos necesitaríamos un capítulo entero. Cuando en julio y agosto esperaba yo la inmediata primavera, venían los inmigrantes, los pájaros del norte lejano, constituyendo la mayor atracción para mí. Antes de la llegada de éstos, habíanse extinguido las flores de los durazneros; el coro de los innumerables mistos deshacía y sus componentes se diseminaban ya sobre la pampa. Espiábamos el surtir la de las hojas. Después de los sauces, seguían los álamos tan queridos. Los brotes abríanse de continuo: Cuando todavía eran de color amarillo verdoso, el aire encontrábase ya impregnado de su fragancia. No satisfecho con esto, solía yo aplastar y refregar las pequeñas hojas entre mis manos y contra mi cara, para saturarme con el delicioso y balsámico aroma en toda su fuerza. Se todos los árboles, después del duraznero, los álamos parecían sentir la nueva estación con mayor intensidad. Se me ocurría que ellos experimentaban, como yo, la influencia ejercida por el brillo del sol y expresábanlo con sus flores. Asimismo, lo demostraban en los nuevos sonidos que daban al viento.

El cambio asumía contornos y tonalidades de real maravilla, cuando las filas de los esbeltos árboles, que por meses habían hablado y gritado con extraño lenguaje sibilante, que llegaba hasta los alaridos cuando soplabla un ventarrón, ahora, al llenarse de hojas, emitían un gran caudal de sonidos más continuos, suaves y profundos, como el rodar de las olas sobre la ancha playa. Los otros árboles los seguían y, poco a poco, hallaban sé plenos de follaje y dispuestos a

¹⁵Introducida en Bonaire en el año 1973 y proveniente de Curazao donde es común, tiene la cabeza, el cuello y el pecho negro, el resto del cuerpo de un naranjo fuerte, alas negras con un parche blanco prominente en el frente, su cola también es negra. Un azul oscuro, un parche azul alrededor del ojo y de patas negras. En casa, en la ciudad o en el campo, se inclinan por la fruta del cactus o la fruta del jardín. También comen insectos. La población de Troupial ha se ha extendido en Bonaire y ahora anida aquí también.

recibir a sus extraños y hermosos huéspedes procedentes de las selvas tropicales del lejano norte.

Notable entre los recién llegados, destacábase el pequeño churrinche, casi del tamaño de nuestro papamoscas moteado; todo de brillante color escarlata, con alas y cola negras. Este pájaro dispone de una delicada voz, que recuerda el sonido de la campana. Su color rojo, brillando entre el verde follaje, lo colocaba para mí por encima de los demás pareos encantándome.

El picaflor también me seducía. Arribaba al mismo tiempo que el churrinche y era sorprendentemente bello, especialmente cuando volando cerca de uno, permanecía inmóvil y como suspendido de las alas brumosas por unos pocos minutos. Sus plumas centelleaban como una serie de diminutas y esmeraldinas escamas.

Formaban el grueso del simpático ejército alado los tiránidos y las queridas golondrinas: la golondrina casera, que se parece al avión casero inglés, la golondrina purpúrea grande, la golondrina doméstica y la golondrina parda. No faltaba el cuco de pico amarillo; el cucú, como se lo denomina por su grito. Año tras año, yo escuchaba su profundo y misterioso llamado, que sonaba como “cu-cu, cu-cu”, al fin de septiembre, igual que el pequeño niño inglés escuchaba el llamado de su cuco en abril; y el carácter casi humano de su sonido, junto con el modo sobresaltado y penetrante de su modulación, originaban siempre la idea de que el canto era algo más que un mero reclamo de pájaro.

Más tarde, en octubre, registraba los nidos, complaciéndome en el examen de aquellas frágiles plataformas, hechas con unos pocos palitos y en los que se encontraban depositados cuatro o cinco huevos ovales, idénticos a los de la tórtola en tamaño y de un pálido color verde.

Podría referirme a más visitantes veraniegos. No debo, empero, hablar de ellos. Este capítulo se prolongó ya demasiado al respecto. Mis emplumados amigos significaban tanto para mí, que me siento constantemente tentado a transformar este bosquejo de mis primeros años en un libro sobre pájaros y otras pequeñas cosas. Bastante me queda por decir acerca de los árboles y de su efecto sobre mi inteligencia. Narraré algunas aventuras: unas con pájaros y otras con víboras. Ocuparán esos relatos varios de los siguientes capítulos.

CAPITULO

V

Aspecto de la verde llanura. Cardo gigante y cardos de Castilla. “Los pueblos” de la vizcacha, el gran roedor. Montes y arboledas, simulando islas en la ancha planicie. Árboles plantados por los primeros colonizadores. Transformación de los colonos agricultores en ganaderos. La casa como parte del paisaje. Alimentación carnívora de los gauchos. El estío cambia la apariencia del llano. La ilusión del agua o espejismo. El cardo gigante y “un año de cardos”. Miedo a los incendios. Incidente en uno de ellos. El “pampero” o viento sudoeste y la caída de los cardos. Cardos caídos y sus semillas como alimento para los animales. Un gran pampero. Tremendas piedras. Desastre ocasionado por el granizo. La muerte de Zango, el pingo viejo. Zango y su amo.

ASPECTO DE LA PLANICIE. LAS PAMPAS

Aunque tenía seis años, era capaz de montar en pelo y andar al galope sin caerme. Invito al lector, montado también, aunque sólo sea en un animal imaginario, a que se digne acompañarme a una legua más allá de la tranquera hasta algún sitio donde la tierra se eleve a un metro o metro y medio sobre el nivel circundante. Allí, desde nuestros caballos, contemplaremos el horizonte más amplio que pudiera dominar el hombre más alto, manteniéndose erguido. De este modo, nos resultará factible poseer mejor idea del distrito en el cual se pasaron muy impresionantes años de mi vida; desde los cinco hasta los quince.

Colocados en esa situación, creada a nuestro placer, veremos alrededor una chata planicie. Su horizonte ofrécese como un perfecto anillo de color azul brumoso. Allí el azul cristal del cielo descansa sobre el nivel verde del mundo. Verde al final del otoño, invierno y primavera, es decir, de abril a noviembre. Pero no todo como un verde prado o campo sembrado. Había, a la sazón, suaves áreas donde pastoreaban las ovejas. La superficie, sin embargo variaba grandemente y presentábase más o menos áspera. En algunos lugares, la tierra, hasta donde alcanzaba la vista, estaba cubierta por denso matorral de cardos o alcauciles silvestres, de un color verdoso o azul grisáceo, mientras en otro lugar florecía, el cardo gigante con gran cantidad de hojas verdes y blancas, que se elevaba cuando estaba en flor, a dos metros o dos metros y medio de altura.

Existían otros desniveles y asperezas en la verde extensión, causados por la vizcacha, gran roedor del tamaño de una liebre, que cava intensa y extensamente la tierra. Las vizcachas hormigueaban en todo aquel distrito –donde ahora han sido prácticamente exterminadas- y vivían en pueblos llamados vizcacheras, compuestas de treinta o cuarenta cuevas, casi del tamaño de media docena de madrigueras de tejones. La tierra de estas excavaciones formaba como un pequeño promontorio. Desnuda de vegetación aparecía simulando una mancha de arcilla coloreada, en la verde superficie. Desde el caballo, contaba el jinete, de cincuenta a sesenta de esos montículos o vizcacheras en la planicie circundante.

Sobre dicha tierra visible no había cercos ni árboles, excepto –de estos últimos– los que fueran plantados en las viejas estancias. Apartados entre sí, los montes y plantíos semejabán pequeñas islas azules, esparcidos a la distancia en la gran llanura o pampa.

Árboles de sombra en su mayor parte, sobresaliendo como el más común el álamo de Lombardía, que crece con mayor facilidad en aquel país. Y estos árboles que abundaban en estancias o ranchos en la época de mi narración eran casi invariablemente antiguos y en algunos casos se encontraban en un avanzado estado de decadencia. Es interesante como comenzaron su existencia, montes tan viejos, en un país y en una época en que no había gentes dedicadas al cultivo de la arboleda.

Los primeros pobladores que levantaron sus hogares en el gran espacio libre, llamado pampa, provenían de pueblos en los que la gente acostumbraba sentarse a la sombra de los árboles, o suponían necesarios el grano, el aceite y el vino y cuidaban siempre las verduras de la huerta. Naturalmente con tal criterio, tales hábitos, hicieron jardines y plantaron árboles, tanto para sombra como para recolectar sus frutas, en todos los lugares en que construían una casa.

Sin duda durante dos o tres generaciones, trataron de vivir como la gente vive en los distritos rurales en España. Luego su principal negocio trocóse en criar ganado, y cómo éste vagaba a su antojo por la vasta planicie y ese más salvaje que doméstico, los habitantes del campo se pasaban la vida sobre el caballo, para juntar, elegir o atender el ganado vacuno o el ovino. No pudieron en consecuencia, seguir por más tiempo arando la tierra o protegiendo sus cosechas, librándolas de las invasiones de los insectos y pájaros y de sus propios animales. Desistieron de su aceite, del vino y del pan. Se sentaban a la sombra, y comían el fruto de los árboles que plantaran sus padres o sus abuelos, hasta que esos árboles morían de viejos o perecían destruidos por el ganado, no quedando más sombra ni fruta.

Así los primeros españoles de las pampas, se convirtieron de agricultores en ganaderos exclusivamente, y en cazadores. Más tarde, cuando el país conquistó y proclamó su independencia, se sucedieron incesantes guerras civiles similares a las de “cuervos y urracas”, salvo que en lugar de picos se usaban cuchillos. Todo esto contribuyó a sumir a los habitantes de las pampas, cada vez más hondamente en una vida ruda y salvaje.

Simultáneamente, los grupos de árboles, en su mayoría, sólo subsistieron como resto de un pasado desaparecido. A estos pequeños montes nos referiremos más adelante al describir la vida (en mi época infantil) en el hogar de alguno de nuestros vecinos más cercanos. Ahora, solamente mencionaré las casas, con árboles o sin ellos, formando parte del paisaje.

Comúnmente bajas y escasamente visibles a distancia de media legua había que agacharse siempre para entrar en ellas. Construidas de ladrillo crudo o cocido, y más a menudo de paja y barro, techábanse con espadañas o juncos. En algunas

de las mejores, veíanse un pequeño jardín y varios metros de tierra, protegidos en alguna forma de la acción de las aves y de los animales. Crecían unas pocas hierbas, el perejil, la ruda, la salvia, el tanaceto – hierba común para la lombriz- y el marrubio, usado como depurativo, pero no se practicaban otros cultivos y no se comían otras verduras, excepto cebollas y ajos, que se compraban en los almacenes con el pan, el arroz, la yerba, el aceite, el vinagre, la papa, la canela, la pimienta, el comino, y todo aquello que pudiera conseguir, para sazonar los pasteles o dar sabor al monótono régimen de carne de vaca, de oveja y de cerdo. Se comía en materia de caza, el armadillo, y el tinamú (la perdiz del país) que los muchachos agarraban con cimbra o corriéndolas a caballo hasta cansarlas. Patos silvestres, chorlos y aves semejantes, rara vez o nunca, porque no se podían matar sino con armas de fuego; y en cuanto al gran roedor, la vizcacha que pululaba por todos los lados, ningún gaucho tentaba probarla, aunque para mi gusto era mejor que el conejo.

El cambio que el verano producía en la llanura comenzaba en noviembre. Al secarse el pasto, tomaba un color castaño amarillento y el cardo gigante obtenía un oscuro marrón enmohecido. De noviembre a febrero, el monte de la estancia, con su fresco e inalterable verdor y sombra, se tornaba un verdadero refugio dentro de la vasta, aplastada y amarillenta planicie, luego empezaban a secarse gradualmente las corrientes de agua y comenzaban los sedientos días para las majadas y las manadas, y para nosotros las engañosas ilusiones del espejismo. Muy temprano, en primavera, en días cálidos y claros, este espejismo percibíase y se asemejaba, en su aspecto, a un caluroso día del verano inglés, cuando cerca de la superficie de la tierra se ve danzar las ondas la atmósfera como tenues lenguas de fuego ascendentes.

En la pampa, lisa más cálida, tales aspectos se intensifican. Las llamas cobran la apariencia de lagunas o sabanas de agua, que rizadas por el viento, brillan bajo los rayos del sol como plata fundida. El aprecio por el agua aumenta cuando hay montes o edificios en el horizonte, que a distancia se nos antojan oscuras islas azules o lomas. El ganado, pastando no lejos del espectador, parece estarlos vadeando, hundido hasta las rodillas o hasta la panza, en aquel aparente líquido.

El aspecto de la planicie variaba durante lo que allí se llama “un año de cardos”, cuando estos que, generalmente crecen en aislados mechones invaden por todos lados, y durante una estación entera cubren la mayor parte de los campos. Las plantas, en estos años exuberantes, crecían tan gruesos como espadañas o juncos en sus lechos, y eran más altas que de costumbre, alcanzando hasta casi tres metros. Asombra verlas con las hojas largas como las del ruibarbo, y los tallos tan juntos que se tocaban entre sí.

Parado entre los cardos, en ese momento se podía, en cierto sentido, oírlos crecer, ya que las inmensas hojas se libertan con un brinco de su acalambrada situación, produciendo un sonido chisporroteante, análogo entre las cáscaras de las semillas de retama, que se oye en Inglaterra en el mes de junio pero más fuerte. Para el gaucho, que vive la mitad del día sobre el caballo y ama su libertad tanto como un pájaro salvaje, un “*año de cardos*” traducía un odiado período de restricción. Su pequeño rancho de adobe, bajo de techo, quedaba así en condiciones idénticas a las de una jaula, pues los altos cardos lo cercaban y le impedían divisar a la distancia. A caballo, encontrábase obligado a no apartarse de sendero del ganado y a escoger o levantar sus piernas para librarlas de las punzantes espinas. En aquellos primitivos y lejanos tiempos, el gaucho pobre llevaba como único calzado un par de espuelas de hierro.

Al final de noviembre, los cardos morían y sus innumerables tallos huecos eran tan secos y livianos como el tubo de la pluma de un pájaro, pero de una pluma del doble del grosor del doble de un palo de escoba y de dos metros y dos metros y medio de largo. Las raíces no sólo morirían, sino que también quedaban reducidas a polvo en la tierra. Podía moverse de su sitio el tallo con un dedo. No caía, porque estaba sostenido alrededor por otros palos y estos por cien más y estos cientos por miles y millones. Los cardos secos perjudicaban tanto como los verdes. Secos y muertos permanecían durante diciembre y enero. En los días estivales, los peligros de incendio subsistía siempre en la mente de todos. Una chispita de cigarrillo caída al descuido, bastaba para producir la temida llamarada. En tales momentos, la vista del humo, a la distancia, hacía que todo el que lo distinguiera montara su caballo y volara al sitio de alarma, donde se realizaría la tentativa de detener el incendio, construyendo anchos caminos entre los cardos, a cincuenta o cien metros delante del fuego.

Una de las maneras de construir este camino consistía en proceder a enlazar y matar unas cuantas ovejas de la majada más cercana. Después se las arrastraba hacia abajo, al galope entre el denso cardal, hasta obtener el ancho camino necesario para que las llamas que quedaban pudieran ser apagadas con pistones y golpes de matras. A veces no se hallaban ovejas cerca para el uso, o aún cuando se lograra un ancho espacio, si soplara un viento caliente del norte llevaba una lluvia de chispas y palos ardiendo al otro lado y el fuego seguía su voraz carrera.

Presenció una de esas grandes quemazones cuando yo alrededor de doce años. Estalló a pocas millas de casa y marchaba en nuestra dirección. Vi a mi padre saltar a caballo y arrancar a escape hacia la inmensa fogata. Yo invertí media hora o más para agarrar mi petiso, y por tal causa, llegué tarde al lugar de la escena. Un nuevo incendio había estallado a unas diez cuadras de distancia del principal, donde la mayor parte de la gente estaba luchando con las llamas. Corrí al segundo punto de alarma, encontrando media docena de vecinos que habían llegado en ese momento.

Antes de empezar las operaciones, cerca de veinte hombres, suspendiendo su labor en el incendio principal, vinieron entre nosotros a galope. Ellos habían hecho ya su contrafuego, pero, viendo el nuevo incendio muy adelantado, dejaron el otro y, desesperados, después de una hora de ardoroso trabajo, acudieron volando en nuestra ayuda. Cuando se acercaban miré con asombro a jinete que estaba adelante: un negro alto, en mangas de camisa, desconocido para mí. “¿Quién será este negro?”, me pregunté asombrado. De pronto oí que me gritaba en inglés: “¡Hola hijo! ¿Qué estás haciendo aquí?” Estupefacto oí la voz de mi padre. ¡Una hora de lucha con las llamas, entre la nube negra de cenizas, bajo el ardiente sol y el viento, habíalo transformado en un africano de pura raza!

En los meses de diciembre y enero, cuando el desierto mundo de cardos muertos y secos como yesca continuaba en pie amenazante y peligroso, el único deseo y esperanza de todos se concentrabas en el “pampero”, viento sudoeste que durante la canícula es capaz de llegar con inusitada rapidez soplar con extraordinaria violencia. Solía presentarse, por lo general, en una tarde calurosa, después de muchos días en que el viento norte había estado exhalando su soplo de fragua. Al fin, este odioso viento decrecía, y una extraña obscuridad, que no era producida por nube alguna, cubría el cielo; poco a poco, comenzaba a alzarse la tormenta, invadiendo el confín como una oscura montaña. A poco había cubriendo la mitad del firmamento. Truenos y relámpagos venían, al mismo tiempo que caía un torrente de lluvia. Simultáneamente, se desataba el vendaval rugiendo contra los encorvados árboles y sacudiendo las casas. En una hora o dos,

tal vez, pasaría todo y a la mañana siguiente los detestables cardos habrían desaparecido o se los encontraría diseminados por el suelo.

Después de la tormenta, se producía una sensación de bienestar en el gaucho. Ya le era permitido montar a caballo y galopar en cualquier dirección, por la vastedad del campo, mientras la soledad se extendía por leguas y leguas delante de él. Se sentiría tan feliz como el prisionero al recobrar su libertad o como el enfermo al adquirir su vigor perdido y respirar y caminar de nuevo.

Aún hoy esto háceme estremecer o quizás sería mejor decir que experimento las vibraciones de una viva emoción desaparecida cuando evoco el caso mío (aunque no estaba tan ligado al caballo y tan apegado a él como el gaucho) después de uno de esos grandes pamperos que aventaban los cardos. Ocasionábame raro placer andar al galope sobre grandes extensiones de tierra negra, oír los vasos del animal quebrando los tallos huecos y secos, que cubrían por millones la tierra, como los huesos de incontables ejércitos de enemigos perecidos. Y experimentando extraña especie de alegría morbosa, disputábase en mí una mezcla de sentimientos, en los cuales existía algo de satisfecha venganza, que daba al júbilo cierto acre sabor espiritual.

Después de tal exceso en cardales –el “cardo asnal” de los criollos y el *carduns mariana* de los botánicos-, parecía raro expresar que un “año de cardos” fuera una bendición en algún sentido. Era un año de angustia, es cierto, por temor al fuego, y una época de grandes zozobras, cuando los relatos de robos y otros crímenes llegaban al lugar, especialmente para las pobres mujeres que quedaban tanto tiempo solas en sus ranchos encerradas por el denso crecimiento de esa maraña. Pero al “año de cardos” se lo llamaba un “año gordo” puesto que los animales –ganado, caballos, ovejas y aún cerdos- pacían libremente entre las altas hojas y suaves tallos de sabor dulzón, poniéndose en excelentes condiciones.

Existían, empero, dentro del “año gordo”, dos notorios inconvenientes. Los caballos disminuían en fuerzas lo que ganaban en gordura y la leche de las vacas perdía algo de su tan agradable gusto.

El tiempo mejor y más “gordo” llegaba cuando las plantas, endureciéndose, dejaban de ser apetecibles para los animales y las flores empezaban a desparramar sus semillas. Cada flor, que en tamaño era como una taza de café, abríase en blanca masa que vería cantidades de bolitas plateadas, y aquellas, libres de sus pesadas semillas, flotaban hacia lo alto con el viento, y todo el espacio, tan lejos como la vista podía alcanzar, llenábase de millones de bolas flotantes.

La semilla caída era tan abundante, que cubría el suelo bajo las plantas muertas, pero que aun permanecían en pie. Trátase de una semilla larga y sutil, casi del tamaño de un grano de arroz de Carolina, con un color grisáceo o gris azulado, manchada de negro. Las ovejas se daban festines con ellas, usando sus móviles y extensibles labios superiores como un cepillo de sacar migas, para recogerlas en la boca. Los yeguarizos¹⁶ las cogían en la misma forma, pero los bovinos no las aprovechaban, porque no conocían el truco o porque no podían usar eficazmente sus labios y lengua para tomar un alimento que era tan inasible como las migas del pan. Los cerdos, sin embargo, engordaban con él, y para las aves domésticas y silvestres resultaba aún mejor que para los mamíferos.

Para terminar este capítulo, voy a retroceder una o dos páginas a propósito del “pampero”: el viento sudoeste de las pampas argentinas. Describiré la mayor de todas las grandes tormentas que he presenciado. Se desencadenó cuando yo tenía siete años.

¹⁶ caballos

El viento que sopla allí, de este cuadrante, no es como el viento sudoeste del Atlántico Norte de Inglaterra, un viento caliente, cargado de la humedad de los tórridos mares tropicales, aquel gran viento que *Joseph Conrad*, en su *Mirror of the Sea*, ha personificado en uno de los más sublimes pasajes de la literatura moderna. En las pampas es un viento excesivamente violento, según saben todos los marinos que lo han sentido en el Atlántico sur, afuera del Río de la Plata. Pero es un viento frío y seco. Frecuentemente lo preceden y acompañan grandes nubes y truenos, precipitaciones de agua y granizo. La lluvia puede durar de media hora a medio día. Cuando pasa, el cielo queda limpio y le sigue un tiempo encantador.

Era un bochornoso verano. Hacia la tarde, todos nosotros, niños y niñas, fuimos a dar un paseo por la llanura. Estábamos más o menos a unas tres cuadras de casa, cuando se percibió una obscuridad al sudoeste, empezando a cubrir el cielo de aquel lado tan rápidamente que, alarmados, corrimos a refugiarnos en nuestro hogar, a toda carrera. La estupenda tormenta negroapizarrada, mezclada de nubes amarillentas de polvo, nos ganó y antes de que cruzáramos la tranquera, los gritos de terror de los pájaros llegaron a nuestros oídos y, volviendo la cabeza, vimos cantidad de gaviotas y chorlos volando con loca velocidad, al frente del huracán, tratando de adelantarse a él. Luego, un enjambre de grandes alguaciles pasó como una nube sobre nosotros, desapareciendo al instante. En el momento justo en que llegábamos al portón, las primeras grandes gotas nos salpicaron en forma de barro líquido. Habíamos conseguido con trabajo entrar antes de que la tempestad rompiera en toda su furia. El cuadro imponía. Reinaban las tinieblas con negrura de noche sin luna. Oíase espantosa mezcla de rugidos de viento y de retumbar de truenos. Hendías el espacio enceguedores chispeos de relámpagos y torrentes de lluvia. Más tarde, cuando lo más denso de la obscuridad empezó a pasar, vimos como una cortina blanca producida por el granizo que caía. De extraordinario tamaño, casi como huevo de gallina, pero no de la misma forma, sino chato del grueso de una media pulgada, pareciendo sus núcleos pequeños bloques o cascotes de nieve comprimida.

El granizo continuó cayendo, hasta que la tierra quedó de color lechoso. A pesar de su enorme tamaño, el furioso viento lo arrastró en montones de casi un metro de espesor contra las paredes de los edificios. Ya tarde, a la hora de ponerse el sol, la tormenta terminó. La luz de la mañana siguiente nos reveló el daño sufrido. Zapallos, calabazas y sandías encontrábase hechos pedazos. La mayor parte de las verduras y el maíz fue destruida. Los árboles frutales también habían sufrido enormemente. Cuarenta o cincuenta ovejas murieron y cientos más hallábase tan dañadas, que por espacio de muchos días caminaban rengueando parecían atontadas a consecuencia de los golpes recibidos en la cabeza. Tres de nuestros carneros perecieron. También dejó de existir, víctima del temporal, un caballo. ¡El viejo y querido caballo, con historia para nosotros! ¡Pobre Zango! La casa entera estaba apesadumbrada por su muerte. Había pertenecido, en su origen, a un oficial de caballería que le tenía extraordinario afecto, cosa rara en una tierra donde este animal era demasiado barato y los hombres, por lo regular, se mostraban descuidados y hasta crueles con ellos. El oficial había pasado años en las guerras de la Banda Oriental y había montado a Zango en todas las peleas que interviniera. De vuelta a Buenos Aires, no quiso por nada abandonar a su viejo pingo. Dos o tres años más tarde visitó a mi padre, a quien conocía muy bien y le dijo que habiendo sido enviado a las provincias del norte, no sabía qué hacer con el caballo.

Manifestóle que el animal tenía veinte años y ya no le servía para pelear. De toda la gente que conocía sólo había un hombre cuya custodia se animaría a

dejarlo. “Ese hombre es usted – Exclamó – y si usted acepta a Zango, y me promete cuidarlo hasta que su vida termine, quedaré contento a cerca de su suerte, tan contento como lo permita separarme de un caballo a quien he querido más que a nadie sobre la tierra.” Mi padre consintió y conservó al viejo Zango más de nueve años hasta que lo mató el granizo. Era un animal de buena estampa, tan oscuros con las crines y la cola largas, pero yo lo conocí siempre flaco y envejecido, consistiendo su única misión en servir para que los niños adquirieran sus primeras nociones de equitación.

Mis padres habían experimentado una gran tristeza por Zango, mucho antes de su extraña muerte. Durante años habían estado esperando una carta, un mensaje, del oficial ausente, y muy a menudo imaginaban la alegría que experimentarían al regresar y encontrar vivo, aún a su querido y viejo compañero de andanzas bélicas. Pero nunca volvió y ni recibimos ninguna noticia de suya, concluyendo todos al fin por creer que había perdido la vida en aquel lugar lejano del país donde se liberan tantas batallas.

El mayor daño producido por el granizo lo sufrieron los pájaros del campo. Antes de la tormenta habíase presentado inmensa cantidad de chorlos, formando grandes bandadas sobre la llanura. Uno de nuestros muchachos criollos montó a caballo y ofreció traernos una bolsa de ellos para comer, y, tomando la bolsa, me llevó en ancas. A una milla más o menos de distancia encontramos una gran cantidad de pájaros muertos, todos juntos, tal como habían estado en la compacta bandada, pero mi compañero no quiso levantar ninguno. Había otros, corriendo con el ala quebrada, y detrás de estos se fue, dejándome al cuidado de su caballo, y agarrándolos les dio vuelta en pescuezo y los metió en la bolsa. Cuando hubo juntado dos o tres docenas, volvió a montar y regresamos.

Más tarde, esa misma mañana, nos contaron de un ser humano, un niño de seis años de edad, en el rancho de uno de nuestros vecinos pobres, había perdido la vida de una manera curiosa. Estaba parado en el medio de la pieza, mirando la piedra que caía afuera, cuando una de estas, atravesando el techo de paja, lo golpeó en la cabeza y lo mató instantáneamente.

Capítulo VI

Un arroyo en las pampas. - Iniciando los grandes paseos. - Aves acuáticas. - Mi primera visión de los flamencos. - Grata y numerosa visita de palomas. Extraña mansedumbre de estos pájaros. - Vanos ensayos para ponerles sal en la cola. - Una cuestión de ética: ¿cuándo una mentira no es mentira? - El carancho, un buitres-águila. - Nuestro par de caranchos. - Su nido en un árbol de durazno. - El deseo de apoderarme de sus huevos. - Los crímenes de las aves. Los pájaros obliganme a retirarme. - El nido derribado.

ALGUNAS AVENTURAS DE PAJAROS

Antes de que empezaran en serio mis días de jinete — cuando yo no tenía aún bastante confianza para galopar solo algunas leguas y ver el mundo por mí mismo — efectué mi primer largo paseo por la llanura. Uno de mis hermanos mayores, me invitó para acompañarlo a cierto arroyo, uno de esos lentos, superficiales y pantanosos arroyos de la pampa, que corría a media legua de nuestra casa. Para mi tranquilidad me informó y aseguró mi hermano, que no había hacienda alguna en la dirección que llevaríamos y que tendría buen cuidado de ponernos a lejana distancia de cualquier cornúpeta que pudiéramos encontrar. Alegrementemente, accedí.

Salimos, tres de nosotros, a deleitarnos con las maravillas de aquel pequeño riachuelo, en parte cenagoso, pero a trechos, de agua corriente, En sus orillas crecían los juncos y encontrábamos grandes pájaros salvajes, desconocidos para nosotros.

Ya había visto yo ese arroyo antes, yendo con otras personas a visitar a un vecino, y cruzamos la corriente por uno de los vados. Sentí entonces el deseo de bajarme y correr sobre sus orillas húmedas, verdes y bajas. La invitación de mi hermano me permitió realizar aquel deseo.

La expedición produjo en mí intenso y dilatado placer. Tuvimos que dar muchas vueltas para evitar los pajales y los gigantescos cardos. Pronto llegamos a sitio bajo. Allí, el pasto llegaba casi siempre hasta la cintura y encontrábase lleno de flores. Parecía una pradera inglesa en junio, cuando todas las hierbas están en flor. Hermosa y fragante, la llanura aquélla resultaba demasiado extensa para ser atravesada por un chico de seis años.

Por fin llegamos a un paraje cubierto de suave césped. Poco rato después, nos hallábamos frente al arroyo, que estaba desbordado debido a recientes lluvias. Medía, en aquel momento, alrededor de cincuenta metros de ancho. Velase sorprendente cantidad de pájaros, especialmente patos silvestres, unos pocos cisnes y muchos zancudos, ibis, garzas, cucharetas y otros. Las más maravillosas de todas eran tres aves de color blanco y rosado, inmensamente altas. Solemnemente, a unos veinte metros de la orilla, vadeaban las aguas en hilera y a un metro, más o menos, una de la otra. Quedé sorprendido y encantado del bello cuadro. Mi deleite aumentó vivamente cuando el pájaro que iba delante se quedó quieto y, levantando la cabeza y con su largo cuello erguido, abrió y sacudió las alas. Una vez abiertas, éstas mostraron un magnífico color carmesí. En tales instantes, aquel pájaro fue para mí la criatura que en mayor grado se asemejaba a un ángel en la tierra.

Pregunté a mis hermanos dónde se criaban aquellas admirables aves. No pudieron contestarme. Me dijeron que nunca las habían visto antes. Más tarde supe que el flamenco no era conocido en nuestra vecindad, pues la cantidad de agua allí existente no bastaba para él. Solamente podía vérselo en bandadas, en una laguna que distaba un día de viaje desde nuestra casa.

Durante varios años no tuve oportunidad de volverlos a encontrar nuevamente, pero después los he visto ciento de veces, descansando o volando a todas las horas del día, en todos los estados de la atmósfera y en sus más hermosos aspectos. A la salida del sol, por la mañana temprano, los flamencos quedan inmóviles sobre las tranquilas aguas, con su clara imagen reflejada en ellas. Volando en bandadas, pueden ser divisados desde la alta orilla moviéndose a flor del agua azulada, en una larga línea carmesí o formando una media luna, separados por iguales distancias y las puntas de sus alas casi tocándose. Pero el encanto de espectáculos tales, nunca igualó al que experimenté en la ocasión mencionada, cuando yo no contaba más de seis años.

Otra pequeña aventura ornitológica, que merece narrarse, me muestra más como inocente chicuelo, que a la citada edad hacía alardes de naturalista de campo, ya con considerable experiencia en materia de pájaros.

En un bello día primaveral apareció una inmensa cantidad de palomas, estableciéndose en el monte. Pertenece el numeroso conjunto a una especie común en el país, criada en nuestros árboles y en realidad en todas las arboledas o montes de la tierra: una linda paloma coloreada y con un atractivo canto lleno de tristeza. Eran en tamaño, aproximadamente, un tercio menores que las domésticas y pertenecían al género americano zenaida. Residían con nosotros todo el año y, ocasionalmente, en primavera y otoño, se las veía viajando en inmensas bandadas. Las que aparecieron aquel bello día primaveral, debían de ser forasteras y proceder de algún lugar subtropical del norte, donde no experimentaron nunca el temor al hombre. En todos los momentos en que iba al monte, las encontraba en el suelo buscando diligentemente semillas. Tan mansas y tan despreocupadas se revelaban, que intenté capturarlas con las manos.

Pero no se dejaban agarrar. Cuando, agachándome, tendía los brazos hacia ellas, escapábanse, y volando apenas uno o dos metros, volvían a asentarse, para continuar buscando y recogiendo invisibles semillitas.

Habiendo fallado mis tentativas, regresé al hogar fuertemente excitado. Me dirigí a un señor anciano, que habitaba con nosotros. Aquel excelente viejo se interesaba mucho por mí y por mi amor a los pájaros. Al encontrarlo, le conté que todo el lugar estaba inundado de palomas, las que eran sumamente mansas, pero que no se dejaban agarrar. Le pregunté si podría indicarme un procedimiento a fin

de conseguir capturarías. El se rió. Contestóme que yo debía ser un tontuelo si no sabía cómo se podía agarrar un pájaro. La solución consistía en ponerle un poco de sal sobre la cola.

"No es difícil la tarea", pensé, quedando encantado al conocer la facilidad con que podían ser cazadas las aves. Corrí al barril de la sal gruesa, la usada para hacer la salmuera destinada a conservar los cueros, y llené de ella mis bolsillos y mis manos. Yo quería cazar muchas palomas, palomas a montones.

Con la mayor prisa marché de nuevo al monte, donde había cientos que continuaron moviéndose a mí alrededor, sobre el suelo, sin preocuparse de mí. Fue alegre y estimulador momento aquel en que empecé las operaciones. No tardé, sin embargo, en percatarme de que cuando yo tiraba un puñado de sal a cualquiera de las aves, jamás caía un solo grano en su punto de destino. Caía en la tierra: a dos, tres, o cuatro pulgadas de la cola. "¡Si las palomas se quedaran quietas un minuto!", pensaba yo. Pero las aludidas no respondían a mis aspiraciones, y creo que estuve dos horas consagrado a mi yana labor de conseguir que la sal cayera en el lugar debido. Al fin, torné al lado de mi mentor. Le confesé mi fracaso. Le solicité nuevas instrucciones. Todo lo que él me replicó, fué, que yo estaba bien encaminado y que el plan que había adoptado era el verdadero. Se requería, por lo visto, un poco más de práctica que me capacitara para dejar caer la sal en el justo lugar. Envalentonado, volví a llenar mis bolsillos y principié de nuevo. Como veía que siguiendo el plan trazado por mi consejero no progresaba, adopté el procedimiento de tomar un puñado de sal y tirarlo con fuerza directamente a la cola de las palomas. Tampoco así podía lograr el propósito; ni siquiera tocar la cola. Mi acción violenta solamente servía para asustar a las aves y hacerlas volar una docena de metros, antes de reanudar su trabajo de buscar semillas.

Luego supe que los pájaros no podían ser agarrados por tal método.. Comprendí que me habían tomado el pelo. Esto me irritó y desencantó enormemente, ya que había aprendido a creer que se consideraba falta muy censurable decir una mentira. Descubrí, pues, que había mentiras graves y mentiras o falsedades leves, que no eran condenables y que podríamos llamar inocentes, aunque fueran inventadas y deliberadamente dichas para engañar, siempre que no causaran daño.

Al principio esto me disgustó, y quise saber cómo debería distinguir entre las verdaderas mentiras y las que no lo eran, y la única respuesta que me pude dar fué que para hacerlo era necesario no ser tonto.

En la siguiente aventura pasaré del amor, o la mansedumbre, de la tórtola a la ira del buitre. Puede ser anotado de paso que el nombre nativo de la paloma que yo he descrito es el de torcaza, el que supongo una degeneración de tórtola, primer nombre con que la llamaron los primitivos colonos, por su ligero parecido con la tórtola europea.

Respecto al buitre que yo conocí, no era en realidad un buitre, propiamente dicho, ni estrictamente una verdadera águila, sino como un halcón, pájaro del tamaño de una pequeña águila, de color marrón negruzco, con el cuello y el pecho blancos, sombreado con marrón y salpicado de manchas negras. Tenía también pico muy grande, de la misma forma que el águila. Sus garras no eran tan fuertes como las de ésta, ni tampoco tan débiles como las del buitre. Revestían sus costumbres los aspectos simultáneos de una y de otro.

Se alimentaba de carne muerta. También cazaba y mataba animales y pájaros, especialmente los más pequeños y débiles. Asimismo, perseguía a las

aves de corral, corderos y lechones. Su comida era la misma que la de los cuervos, y su grito pareciase al de éstos, por su fuerza y aspereza.

Considerando el carácter de este gran rapaz, el *políborus tharus* de los naturalistas o el carancho de los hijos del país, resulta extraño que se permitiera anidar y vivir por años, en nuestro monte, a un casal de ellos, Pero en aquellos tiempos la gente era singularmente tolerante, no sólo con los pájaros y animales dañinos, sino hasta con los seres de su propia especie, dotados de similares costumbres.

En los alrededores de nuestro viejo monte de duraznos, descrito en el capítulo precedente, destacábase un árbol solitario, de forma algo particular, erguido a unos cuarenta metros de los demás y en el borde de un terreno inculto, lleno de cizaña. Tratábase de un árbol grande y viejo como los otros, con un suave tronco redondo, que tenía cerca de cuatro metros y medio de altura, y desparramaba sus ramas en derredor, de modo que, en la parte alta, formaba como un paraguas invertido. En el correspondiente hueco, compuesto por el círculo de las ramas, los caranchos habían construido su inmenso nido formado por palitos, manojos de pasto, huesos desecados de oveja y otros animales, pedazos de sogas y cuero crudo y diversos objetos que ellos pudieron llevar. El nido constituía su hogar. Allí descansaban de noche. Lo visitaban algunas veces durante el día, trayendo generalmente un hueso blanquecino, un tallo de cardo u otra cosa análoga, para agregar a la pila.

Tales caranchos nunca atacaban a las gallinas. No ofendían ni molestaban, manteniéndose en la arboleda, lo más lejos posible de las casas. Se acercaban a ellas cuando se carneaba alguna res. Revoloteaban entonces en torno de la sangrienta comida, echando su penetrante mirada sobre los procedimientos y esperando la oportunidad. Llegaba ésta, cuando los bofes y demás porciones sobrantes eran arrojados por los peones a los perros. El carancho, entonces, se abalanzaba como un milano y, arrebatando la carne con el pico, la levantaba hasta una altura de veinte o treinta metros. Dejaba caer su botín, para agarrarlo de nuevo en el aire con gran destreza, entre sus garras, remontándose para comerla a su antojo. Nunca me cansaba de admirar esta hazaña del carancho que es, según creo, única en los pájaros de presa.

El enorme nido en el viejo duraznero poseía gran atracción para mí. Yo acostumbraba visitarlo a menudo. Deseaba poder subir a él alguna vez. ¡ Oh! qué delicia hubiera sido llegar hasta arriba, allí, sobre el nido, y mirar hacia abajo dentro del hueco que parecía una gran palangana, forrada con lana de oveja, y ver los huevos, más grandes que los del pavo, todos jaspeados con un rojo fuerte, o blancos como crema, salpicados con roja sangre. Porque yo había visto los huevos de carancho que llevara un gaucho, y alimenté siempre la ambición de agarrarlos del nido con mis propias manos. Mi madre habíame dicho que si yo quería huevos de pájaros no debía nunca sacar más de uno del nido, a menos que fueran de especie dañina. Pero dañino, ciertamente, era el carancho, a pesar de su buena conducta en la casa. Recuerdo que en uno de los primeros paseos que di en mi petiso, vi a un par de ellos, y creo que eran los mismos vecinos nuestros, atacando furiosamente a una oveja débil y enferma. Esta se resistía a echarse para que la mataran, pero la pareja de rapiña le golpeaba el cuello y le laceraba la cara, forcejeando por voltearla.

He visto también a una cría de lechoncitos, que habían salido al campo tras la madre, al ser atacados por cinco o seis caranchos; encontrando, al aproximarse al lugar, que habían matado a la mitad mas o menos seis creo —y se los devoraban a alguna distancia de la cerda vieja y de los sobrevivientes de la cría.

¿Cómo podría subirme al árbol y sacar los huevos del enorme nido? He ahí una interrogación que me formulaba cotidianamente.

Cada vez que me acercaba, tenía miedo de esos pájaros, que parecían tan terriblemente salvajes y formidables. Pero mi deseo de conseguir los huevos me subyugaba. Cuando en primavera creía que estaban abandonados, iba más a menudo que nunca a observar, esperando el momento oportuno. Y una tarde, después de la puesta del sol, no vi los pájaros en ninguna parte. Pensé que la ocasión había llegado. Me arreglé para trepar por el suave tronco hasta las ramas. Acallando los insistentes latidos de mi corazón, principié la tarea de llegar a las ramas más apretadas y tracé mi ruta sobre el inmenso borde del nido. Pero, en ese momento, oí el áspero y penetrante grito del carancho, y mirando por entre las hojas en la dirección de donde procedía, noté que macho y hembra llegaban volando furiosamente, chillando de nuevo y más fuertemente a medida que se acercaban. El terror se apoderó de mí. Descendí entre las ramas y, agarrándome de la más baja, traté de balancearme y desenredarme, precipitándome al suelo.

Sufrí un buen golpe, pero caí sobre el suave césped e incorporándome rápidamente, volé al amparo del monte, para ganar la casa. Durante el rápido transcurso de la acelerada carrera, no osé mirar atrás para ver si los pájaros me seguían.

Fue ése mi único ensayo para llegar al nido de las aves de rapiña. Desde aquel día los pájaros continuaron en la pacífica posesión de él, hasta que se le ocurrió a alguien que el inmenso nido perjudicaba al árbol y que tal era la causa de su escasa producción frutal. Se resolvió entonces destruirles la vivienda para que las aves abandonaran el lugar.

En capítulo anterior, describiendo nuestros viejos durazneros, y al referirme a la época de su florecimiento, mencioné las cotorras que accidentalmente nos visitaban, las cuales tenían sus nidadas a cierta distancia. Perteneían éstas a una de las dos clases comunes de la región. En la otra especie mayor se clasifica el loro patagónico, *conarus patagonus*, o "loro barranquero" de los argentinos. En mi infancia, este pájaro abundaba en las desoladas pampas, que se extienden por cientos de millas hacia el sur de Buenos Aires.

También en la Patagonia se criaban en agujeros que excavaban en los farallones y barrancos de las costas de lagos y ríos. Tales criaderos quedaban muy lejos hacia el sur, y no los conocí, hasta que mi adolescencia pasó.

En invierno realizaban los loros una inmigración parcial hacia el norte; nos visitaban en bandadas, y alegrábanme, en mi infancia, los resonantes chillidos de aquellos viajeros. Se les oía romper el silencio, anunciando su llegada con gran algarabía, largo tiempo antes de que los expedicionarios fueran visibles en el cielo. Cuando surgían, volando a moderada altura, ¡qué extraños y hermosos semejaban con las largas alas en punta, sus colas y su plumaje verde oscuro y sombreados de amarillo, azul y rojo! ¡Cómo deseaba un acercamiento más estrecho con estos visitantes de invierno y cómo ansiaba que acamparan en nuestros árboles! Algunas veces, ellos lo hacían para descansar. Tal vez, se quedaban medio día o más en nuestro monte, y otras veces, para mi mayor felicidad, una bandada decidía permanecer con nosotros más largo tiempo, aun semanas, alimentándose en los alrededores y viniendo a posarse en los árboles a intervalos, durante el día y en la noche.

Yo acostumbraba salir en mi petiso y los seguía para contemplarlos a la hora de comer, sorprendiéndome su preferencia por las amargas semillas del zapallo silvestre.

La mencionada planta, de la que existía gran cantidad en nuestro campo, daba un fruto en forma oval, más o menos de la mitad del tamaño de un huevo de avestruz, con una corteza resistente como una concha. Los pájaros, con sus agudos picos, duros como hierro, rápidamente rompían la cáscara seca y se regalaban con las pepitas, desparramando las semillas, hasta que la tierra blanqueaba de ellas. Al aproximármeles mientras comían, los loros se elevaban volando hacia mí, revoloteando en compacta multitud sobre mi cabeza y casi ensordecíendome con sus coléricos gritos.

El más pequeño de estos pájaros era la cotorra, más o menos del tamaño de una torcaza, con un plumaje de rico color verde por encima y gris ceniza abajo, y que, como todos los de su especie, anidaba entre los árboles. Es ésta una de las aves más sociables que conozco. Vive todo el año en comunidad y forma grandes nidos de palitos, muy cerca uno del otro, como en una roquería". Cada nido hospeda dos o tres y hasta media docena de parejas. Cada casal tiene su cavidad propia y su entrada dentro de ese gran edificio.

El único punto donde se criaban cotorras, en nuestra vecindad, hallábase en una compacta arboleda, restos del antiguo monte de una estancia, distante alrededor de tres leguas de casa y de la que era propietario un inglés llamado Ramsdale.

Allí había una colonia, aproximadamente, de doscientas. La docena o más de árboles en las que erigieran sus viviendas, encontrábase cargados con sus grandes nidos. Contenía cada uno de éstos material suficiente para llenar un carro.

Mr. Ramsdale no era nuestro vecino inglés más inmediato, del cual hablaré en otro capítulo, ni era un hombre de quien nos preocupábamos mucho. Su mísero establecimiento no poseía ningún atractivo. La vieja y desaliñada ama de llaves criolla y los otros sirvientes, se permitían hacer todo lo que querían. Pero él era inglés y vecino, y mis padres le visitaban de vez en cuando. Yo siempre me arreglaba para ir con ellos, no por cierto para ver a Mr. Ramsdale, incapaz de decir nada a un tímido pequeñuelo y cuya tosca cara colorada parecía la de un tremendo borrachín, "Mis visitas" las dedicaba a las cotorras exclusivamente. ¡Oh! ¿Por qué no vinieron estas queridas avecillas de color verde a instalar sus simpáticos nidos en nuestros árboles? He ahí un pensamiento que constantemente se apoderaba de mí.

Y sin embargo, cuando yo visitaba a mis queridos pájaros, a ellos no les gustaba verme. Tan pronto como yo corría hacia los árboles donde estaban sus nidos, el lugar entero se alborotaba, precipitándose apresuradamente para unirse en una bandada y revolotear chillando sobre mi cabeza, durando el barullo hasta que me alejaba.

En cierta ocasión, al principio de la primavera, de vuelta de una de nuestras raras visitas a Mr. Ramsdale, fuimos testigos de un extraño suceso.

El campo hallábase cubierto por densa vegetación de cardos. Al salir de la estancia en nuestra volanta, seguimos los habituales senderos de la hacienda, por no existir caminos por allí. Como a la mitad del viaje, divisamos una cuadrilla de siete u ocho venados en una verde abra, abierta entre los grandes cardos grises. Los animales aquéllos, en lugar de proferir su sibilante grito de alarma y huir ante nuestra aproximación, quedaron en el mismo sitio, a pesar de haber pasado nosotros a cuarenta metros de ellos. La cuadrilla se componía de dos machos comprometidos en una furiosa pelea y cinco o seis hembras, que daban vueltas en torno de los dos rivales. Los venados mantenían las cabezas tan bajas, que las narices casi tocaban el suelo, mientras que con sus cornamentas enganchadas, se empujaban violentamente, consiguiendo, de tiempo en tiempo, hacer retroceder

uno al otro cinco o seis metros. Luego, tras una pausa, otro violento empujón para, con las aspas siempre trabadas, girar en círculos, avanzando y retrocediendo, hasta que al fin los perdimos de vista, ocultos por el cardal.

Tamaño espectáculo nos impresionó bastante en aquella ocasión, y fué vívidamente recordado varios meses más tarde, cuando uno de nuestros vecinos gauchos nos contó algo curioso que recientemente viera.

Al pasar por el cardal en que presenciarnos la pelea y en aquel mismo lugar, en el pequeño espacio verde, había encontrado el esqueleto de dos venados, con los cuernos entrelazados.

Tragedias de esta naturaleza, en el mundo de los animales salvajes, han sido descritas con frecuencia, pero ocurren raramente en las pampas, ya que los cuernos del venado nativo, *cervus campestris*, por lisos y poco dentados, no están expuestos a quedar entrelazados entre sí, como muchas otras especies.

Los venados eran comunes en nuestra comarca en aquel entonces y gustaban de los terrenos donde crecía el cardo que, en ausencia de árboles, siempre les ofrecía algún abrigo. Rara vez, cuando cabalgaba por ese lado, dejaba de encontrar algún grupo de ellos. Sus componentes, notables por su característico pelaje, permanecían inmóviles, observando al intruso entre la vasta espesura.

Aquellas rudas planicies eran, igualmente, la guarida del *rhea*, nuestro avestruz o ñandú. Allí, por primera vez, vi perfectamente al más grande y menos pájaro de los pájaros del continente americano. Tenía yo ocho años, cuando una tarde, al final del verano, hallándome listo para salir a caballo, fuí enviado hacia el este hasta llegar al cardal, a un tercio de legua más allá del rancho del puestero. Se le necesitaba en la estancia y no pudiendo ir él a recoger la majada, recurrieron a mí, para que fuera a buscarla.

Encontré las ovejas en el lugar que me indicaron, estando ellas muy desparramadas. Algunos grupos, de una o de dos docenas, hasta ciento, eran visibles a la distancia, entre los ásperos cardos. En el sitio en que pastaban las más lejanas, encontrábase dispersa una manada de sesenta u ochenta yeguarizos, pastando también, y cuando galopé hacia allí, encontré una cantidad de *rhéas*, comiendo junto a las ovejas y los caballos. Su plumaje gris, tan parecido en su color al de los cardos, habíame impedido verlas antes de hallarme entre ellas.

Lo más curioso es que no prestaban la más mínima atención a mi persona. Sujetando mi petiso, quedé azorado contemplándolas particularmente a una muy grande, que estaba más cerca de mí, ocupada en picotear a su antojo el trébol que crecía entre las grandes y punzantes hojas del cardo. Me causaba la sensación de que se hallaba eligiendo cuidadosamente los mejores brotes.

¡Oh, qué grande y noble parecía ser este pájaro! ¡Cuán bello con su esponjoso plumaje gris y blanco, colgando como un pintoresco manto, puesto sobre su cuerpo! ¿Por qué eran tan mansos? ¡Cómo me sorprendía esto!

La vista de un gaucho, aun a la distancia, los hacía apartar invariablemente y huir a gran velocidad. Y yo, situado a diez o doce metros de uno y varios otros cerca de mí, no despertaba recelos en ellos, que seguían todos ocupados en examinar las hierbas y seleccionar las más lindas hojas verdes para arrancarlas, tal como si yo no estuviera presente.

Supongo que sería porque comprendían que yo no era más que un chiquilín sobre un petiso, y en la mente del avestruz no se asociaba esta idea con la del fiero gaucho que, montado en su gran caballo, cargaba sobre ellos con propósitos siniestros.

Confiado, a mi vez, me dirigí sin ambages al que estaba más cerca. Pero el avestruz, levantando la cabeza y el cuello, se apartó cuidadosamente a unos pocos

metros y empezó, de nuevo, a picotear los tréboles. Me acerqué otra vez a él poniendo entonces mi petiso al trote. Cuando estuve a dos metros, de inmediato el ñandú desplazóse de modo extraño y rompiendo en una suerte de trote bailado, pasó rozándome. Sujeté y, al volver el rostro, comprobé que había quedado diez o doce metros detrás mío, ocupado en arrancar con toda calma las hojitas del suelo. Una y otras vez más acerqué a este pájaro y a uno de sus compañeros, practicando ellos siempre la misma treta. Primero aparentaban absoluta indiferencia ante mi persona, y luego, al irme sobre ellos, con un pequeño y descuidado movimiento, colocábanse a varios metros detrás.

Pero es maravilloso ver esa misma maña del *rhea* cuando, perseguido y agotado en la carrera, es finalmente alcanzado por uno de los boleadores, que ha perdido tal vez las bolas, con las cuales agarra su presa, e intenta colocarse a su lado, para poder herirlo con el cuchillo. Parece una cosa fácil de hacer. El pájaro está completamente exhausto, jadeante, con las alas caídas mientras corre, y antes de que el hombre esté dentro de la distancia suficiente para asestar el golpe, un súbito movimiento pone en juego y el avestruz —como por milagro— queda detrás, en lugar de estar al lado del caballo. Antes que éste, que va a toda furia, pueda ser sofrenado y haya dado vuelta, el *rhea* ha tenido tiempo de recobrar su carrera y ganar unos cien metros o más. Ante la instintiva treta del ñandú, los gauchos dicen: "El avestruz es el más gaucho de los animales", lo que quiere decir que el avestruz —por sus recursos y por las artimañas que despliega para salvarse, cuando es fieramente perseguido— resulta tan listo como el gaucho sabe que él mismo lo es.

Capítulo VII

Tiempos más felices. - Visitando la capital. - El viejo y el nuevo Buenos Aires. - Vívidas impresiones. - Paseo solitario. - Cómo aprendí a andar solo. Perdido. - La casa en que vivíamos y el río como un mar. - Calles toscas y angostas. - Filas de postes. - Carros y ruido. - Gran fiesta en la iglesia. - Jóvenes vestidos de negro y rojo. - Escenas del río. - Lavanderas y su lenguaje - Sus peleas con los jóvenes elegantes - Serenos El pasatiempo de un joven. Un perro pescador - Un distinguido caballero apedreador de pajaritos - Don Eusebio el bufón del dictador.

MI PRIMERA VISITA A BUENOS AIRES

El tiempo más feliz de mi niñez ha sido el que abarcaba ese período un poco después de los seis años, cuando poseía un petiso propio y tenía permiso para andar en él tanto tiempo y tan lejos de mi casa como quisiera. Me sucedía como a los pajaritos, que no bien empiezan a abandonar el nido, se dan cuenta rápidamente de su aptitud para volar. Mis vuelos iniciales fueron pronto interrumpidos al ir con mi madre, por primera vez, a Buenos Aires; es decir, la primera vez que recuerdo, ya que debieron haberme llevado seguramente antes, siendo muy chico, en brazos, pues nosotros vivíamos demasiado lejos de la ciudad para que un clérigo pudiera recorrer toda esa distancia, solamente para bautizar a un niño¹⁷

Buenos Aires es ahora la más rica, la más populosa ciudad de tipo europeo en Sudamérica. Lo que ella semejaba en aquellos tiempos, contribuirán a expresarlo estos recuerdos de aquel lejano pasado.

Niño de inteligencia excepcionalmente impresionable, al llegar procedente de aquella gran planicie donde la gente desenvolvía su sencilla existencia campesina, cada cosa que veía en la urbe me llamaba profundamente la atención. Las visiones que más me impresionaron entonces, hállanse tan vivas en mi mente hoy como lo estuvieron siempre desde el comienzo de la respectiva percepción. Era yo un niño solitario en mis paseos por las calles, porque aunque tenía un

¹⁷ Hudson fué bautizado en la Iglesia Metodista, sita entonces en la calle Cangallo. Fué el primer niño bautizado en ella. — N. del T